

**LA IZQUIERDA ARGENTINA Y AMÉRICA LATINA EN LOS AÑOS TREINTA
EL CASO DE *CLARIDAD***

Liliana Cattáneo

Tesis de Posgrado-Instituto Torcuato di Tella

1992

NOTAS PREVIAS

El intento de realizar una aproximación a la historia de las ideas políticas tomando como fuente principal una revista —en esta oportunidad, *Claridad*— constituye una empresa que presenta ciertos riesgos. Tanto la presencia de múltiples voces en sus páginas, como las circunstancias políticas cambiantes de las que la publicación intentaba hacerse cargo en cada entrega, por ejemplo, hacen de este material uno particularmente “heterogéneo”. Sin embargo, el hecho de no constituir una revista partidaria, sino el producto de un proyecto cultural que grupos de intelectuales intentaban llevar adelante, la convierte en una fuente particularmente útil para la reconstrucción de los debates, las posiciones diversas, las preocupaciones, las ideas que circulaban en el seno de una tradición: la que aquí denominaremos de la izquierda argentina.¹

En este caso particular, la permanente participación de intelectuales y grupos políticos latinoamericanos en la revista permitía asumir dos posiciones: entender a *Claridad* como un testimonio del pensamiento de la izquierda del continente, o considerar aquella presencia como un “dato” que se sumaba a los que señalaban la existencia de una fuerte impronta latinoamericanista en estos grupos de la izquierda argentina. Este último camino se reveló como el más fértil. Se trata, entonces, de señalar la significación de estas presencias para una tradición que se desarrolla en un ámbito cultural específico. En esta operación, hemos analizado textos de autores extranjeros en la convicción —verificable empíricamente— de que expresaban posturas que eran frecuentes en el propio espacio de la izquierda que actuaba en la Argentina.

Desde una perspectiva como la que planteamos, por otra parte, asumían particular importancia los circuitos intelectuales, los contactos, la aproximación entre instituciones políticas y culturales y la participación en empresas colectivas. Debemos señalar, sin embargo, que no se supone aquí que, por ejemplo, la actividad conjunta de varias personas en un congreso o en una editorial signifique que ellas “pensaban” la política del mismo modo. Esas prácticas, sin embargo, revelaban la certeza de pertenecer a sectores que compartían, cuando menos, ciertos diagnósticos generales sobre la realidad.

Del mismo modo, para definir ese espacio ideológico hemos elegido un criterio que tuviera en su centro la autopercepción², lo que permite incluir en él a empresas culturales extrapartidarias; así,

¹ Edward Thompson en *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981 [1a. ed. inglesa: 1978]; pp. 289 y 290, sugiere una noción de “tradición” que es la que aquí utilizamos.

² Un ejemplo de utilización de este criterio puede encontrarse en María Inés Barbero y F. Devoto, *Los nacionalistas*, Bs. As., CEAL, 1983; p. 10.

hablaremos de la izquierda para referirnos a estos grupos que entienden injusto el sistema político y social vigente, e intentan transformarlo de modo de implantar lo que llaman justicia social, en beneficio de los sectores populares. No discutiremos, entonces, si la propuesta de miembros de la izquierda socialista era, por ejemplo, plenamente marxista; se trata de recuperar la significación de esa adscripción antes que su precisión teórica.

La revista que hemos elegido ha sido analizada, en ocasiones anteriores, por autores dedicados a la llamada historia intelectual y cultural.³ Desde ya, anticipamos las parciales diferencias de enfoque con esos trabajos; nuestra pregunta se refiere al complejo de ideas que exhibían los intelectuales que escribían en la revista, y más precisamente al lugar que la cuestión latinoamericana ocupaba en ese complejo.

Finalmente, debemos señalar que algunos de los problemas que analizamos en este trabajo parecen haber estado en el centro de varios de los debates que, en su propio interior y con algunos otros sectores del campo político, sostuvieron los grupos de la izquierda argentina luego del período que aquí nos ocupa. Ellos fueron alimentados por la aparición del peronismo, luego por su derrocamiento y proscripción, y ya en los años sesenta por las polémicas que en el marxismo europeo desataron la descolonización, la invasión a Hungría y la “desestalinización”, entre otros procesos. A su vez, la revolución cubana no sólo reinstaló en el horizonte latinoamericano la posibilidad de la revolución socialista, sino que volvió a poner en discusión las cuestiones que solían denominarse de la nación, del imperialismo, del atraso, de la clase obrera y su relación con los movimientos populares; todas ellas habían formado parte, ya en los años treinta, de las preocupaciones de la izquierda argentina que se expresaba en *Claridad*.

³ Sobre estos enfoques pueden consultarse Roger Chartier, “La historia cultural redefinida: práctica, representaciones, apropiaciones”, en *Punto de Vista*, Bs. As., N. 39, DIC. 1990; Hilda Sabato: “La historia intelectual y sus límites”, en *Punto de Vista*, Bs.As., N. 28, NOV. 1986; y Carlos Altamirano: “Breve apología de la historia intelectual”, en *Espacios*, Bs. As., N. 8-9, DIC 1990 ENERO 1991. La revista *Claridad* fue analizada por Graciela Montaldo en sus artículos titulados: “La literatura como pedagogía, el escritor como modelo. Cooperativa Editorial Claridad: proyecto cultural y empresa comercial”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, julio 1987; “*Los pensadores y Claridad*. Una propuesta cultural de la izquierda argentina (1922-1941)”, en *America. Cahiers du CRICCAL*, Paris, n. 4-5; y “Literatura de izquierda: humanitarismo y pedagogía”, cap. XVI de la obra dirigida por Montaldo titulada *Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930)*, Bs. As., Contrapunto, 1989. A su vez, Beatriz Sarlo se ocupó de *Claridad* en algunos tramos de su libro *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Bs. As., Nueva Visión, 1988; ver, en particular, pp. 100 y ss., p.117, p. 131, p. 144 y ss; Luis. A. Romero hizo lo propio en el texto titulado *Libros baratos y cultura de los sectores populares. Buenos Aires en la entreguerra*, Bs. As., CISEA, 1986. Véase también Leandro Gutiérrez y Luis A. Romero: “Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945”, en *Desarrollo Económico*, Bs. As., N. 113, ABR-JUN 1989.

I. UN PROYECTO CULTURAL DE LA IZQUIERDA

I.I. La revista

Desde, al menos, los años cercanos al Centenario, existieron en Buenos Aires un conjunto de empresas culturales que solían adoptar la forma de editoriales y revistas. Ampliándose su número y, en líneas generales, su tirada, y más allá de la desaparición de algunas de ellas particularmente importantes, van a constituir, hacia la década abierta en 1930, una red que sostenía y acompañaba lo que se denominó el “auge de la industria cultural”.⁴ Esta multitud de publicaciones periódicas cubre un horizonte de preocupaciones muy variado, pero dos grandes áreas temáticas parecen poder albergar los asuntos que los ocupan en buena parte: la política y la literatura. A estas actividades se dedicaban, además, muchos de sus colaboradores, apareciendo, entonces, entrelazadas. El diálogo muchas veces polémico que las revistas sostenían entre sí contribuye, a su vez, a reforzar la imagen de un mundo cultural particularmente dinámico.

Desde una perspectiva que atiende, precisamente, a los problemas de la historia de los procesos culturales, este parece ser el contexto en el que debe instalarse la experiencia de la Cooperativa Editorial Claridad, fundada por Antonio Zamora a comienzos de la década del veinte.⁵ La actividad editorial de Zamora comenzó a desplegarse en febrero de 1922, con la aparición de la serie *Los Pensadores*, cuadernillo semanal que reproducía en 32 páginas obras de cierto prestigio literario o político⁶. *Los Pensadores* se publicó como cuadernillo entre 1922 y 1924, para transformarse en *Revista de selección ilustrada. Arte, Crítica y Literatura*, en diciembre de 1924; dieciocho meses después ella dejará su lugar a *Claridad, Revista de Arte, Crítica y Letras. Tribuna de Pensamiento Izquierdista*, que se publicará con distinta frecuencia hasta 1941.

⁴ Utilizamos la caracterización propuesta por Jorge Rivera, en El auge de la Industria Cultural (1930-1955), Bs. As., CEAL, 1981 (Capítulo 95), passim. Ver el cuadro estadístico de la página 593, que señala la presencia de 823 publicaciones periódicas en todo el país para 1936, y de 1295 para 1941. Pueden consultarse, aunque asumen perspectivas diversas José Luis Romero, El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX, Bs. As., Solar, 1983 (1a. ed. 1965) y Luis Alberto Romero, ob. cit.

⁵ Antonio Zamora, nacido en España hacia fines del siglo XIX, fue afiliado a la Juventud del PS Argentino de A. Palacios en la segunda mitad década abierta en 1910; se incorporó al PS en 1923, y llegó a ser miembro de la Convención Constituyente de la Provincia de Buenos Aires, y senador provincial.

⁶ La publicación incluyó obras de Gorki, Dostoiewski, Tolstoi, Lenin, Bujarin, France, Barbusse, y entre los autores argentinos a Juan B. Justo, Palacios, Carriego, Almafuerte. Véase Graciela Montaldo “La literatura como pedagogía...”, citado, pp. 41-64.

Entre su fundación y fines de la década del treinta, la editorial *Claridad* se transformó en una próspera empresa comercial, que difundía, a través de ediciones baratas, temas vinculados a distintos campos de conocimientos. Junto a la revista *Claridad*, llegó a publicar *Revista Jurídica Argentina*, *Cultura Sexual y Física e Higiene y Salud*, y un número creciente de libros que integraron las distintas colecciones de la empresa.⁷ La venta se realizaba directamente en la editorial, en las agencias que se fueron estableciendo en distintos puntos del interior del país y América; y en Buenos Aires en los kioscos, puestos de diarios y estaciones de ferrocarril y subterráneos.⁸ La difusión de distintos temas y problemas a través de ediciones económicas y la nueva forma de distribución (que no deja de relacionarse con el precio de los ejemplares y con la voluntad de llegar a un público nuevo, al que se creía importante educar “en determinados principios éticos”), han llevado a destacar la existencia de “un proyecto cultural” fundado en la pedagogía hacia los sectores populares.⁹ Dentro de este proyecto cultural, la revista *Claridad* adquirió un perfil propio, donde el debate político-ideológico hegemonizó el centro de sus preocupaciones, por lo menos en los años treinta.

En sus dieciséis años de existencia *Claridad* sufrió modificaciones importantes, no sólo con respecto a su periodicidad y organización, sino también en cuanto al modelo de revista que se proponía al público.¹⁰ Entre julio de 1926 y diciembre de 1941 aparecieron 225 números, que sumados a los 122 de la serie y revista *Los Pensadores*, cuya numeración *Claridad* continúa, totalizan 347 números.¹¹ *Claridad* se publicó quincenalmente entre 1926 y 1932; en 1933 la revista aumentó el número de páginas

⁷ Entre las colecciones más importantes se encontraban la que llevaba el nombre de la editorial, la Biblioteca de Cultura Moderna (Enciclopedia para el Hogar), la Biblioteca Científica, los Manuales de Cultura Marxista, la Colección de Obras Famosas y la Colección de Ciencias Sociales. El crecimiento de la empresa comercial permitió en pocos años la compra de una imprenta y un local propio, véase José Barcia, “Claridad una editorial de pensamiento”, en *Todo es Historia*, N. 172, Set 1981.

⁸ Los datos sobre las distintas vías de comercialización fueron extraídos de la revista. Aunque no se refiera estrictamente a la venta, anticipamos que *Claridad* era enviada por la Dirección a las bibliotecas obreras. Esta política resulta particularmente importante para la cuestión de la distribución.

⁹ Tanto Romero como Montaldo, en los trabajos citados, hacen hincapié en esta cuestión.

¹⁰ Así en abril de 1940 la Dirección, ensayando una historia de la revista, marcaba el comienzo de una cuarta etapa, cuyas características evitaba definir. De las tres etapas anteriores, la primera correspondía a *Los Pensadores*, y se definía como “un esfuerzo sin precedentes en los anales de la divulgación literaria”; en la segunda, la revista se habría transformado en una tribuna de pensamiento, por cuyas páginas habían “desfilado todas las manifestaciones e inquietudes habidas en un largo período del proceso social y político de América”; esta segunda etapa dio lugar a fines de los años treinta a un “ensayo periodístico”, de ritmo más circunscripto al acontecer diario. Las dificultades surgidas de la guerra pusieron fin a esta etapa, obligando a la dirección a espaciar la publicación de la revista. Cf. *Claridad*, N. 342, Abr 1940, contratapa. Estas opiniones, más allá de su precisión, resultan reveladoras de las intenciones que la Dirección le atribuía, en 1940, a su actividad.

¹¹ La revista *Claridad* incorporó tanto los 100 números del cuadernillo semanal, como los 22 de la revista de Arte, Crítica y Literatura. Así mantuvo hasta 1939 una doble numeración, consignando entre paréntesis el número que correspondía exclusivamente a *Claridad*.

y comenzó a publicarse mensualmente, frecuencia que mantuvo hasta 1939, cuando como consecuencia de la escasez de papel debió espaciar su aparición, transformándose en bimestral. A pesar del esfuerzo de regularidad que intentó la Dirección, aparecieron sólo cinco números en 1940, y dos en 1941.¹² La cantidad de páginas también fue aumentando gradualmente, pasando de las 32 iniciales a 64, para después estabilizarse en 100 páginas entre 1936 y 1939, cantidad que era superada en los números extraordinarios.¹³ El aumento de páginas y el cambio en la frecuencia de aparición mensual, fueron simultáneos al incremento en el precio, que fue elevado de 20 centavos a 30 y posteriormente a 40 centavos.¹⁴ Una idea aproximada del bajo valor se obtiene si se lo compara con el costo de un diario y de otras revistas que se vendían en Buenos Aires y América Latina.¹⁵ Si bien poseemos datos sólo parciales con respecto a la tirada, la misma se estimaba en la primera mitad de la década del treinta en diez mil ejemplares.¹⁶

El cargo de director fue ocupado durante los dieciséis años de su existencia por Antonio Zamora, quien salvo contadísimas excepciones tuvo a su cargo las notas editoriales. Leónidas Barletta y César Tiempo fueron inicialmente los secretarios de la revista, pero ya en 1929 el cargo de secretario era desempeñado por Edmundo Barthelemy, a quien reemplazó posteriormente Oscar Cerruto. El alejamiento de Barletta, es sólo un síntoma de la dispersión del grupo inicial de Boedo, y de la elección de caminos diferentes, una vez agotadas las polémicas con los representantes de la vanguardia de la

¹² En el último número de la revista, aparecido en diciembre de 1941, la Dirección anunció que a partir de 1942 la revista volvería a publicarse mensualmente. Cf. Claridad, N. 347, contratapa.

¹³ Con el cambio de frecuencia en 1940 y 1941 el número de páginas se elevó a aproximadamente 150.

¹⁴ El precio fue elevado de 20 a 30 centavos cuando la revista comenzó a editarse mensualmente, aumentando el número de páginas. En enero de 1937, el precio volvió a incrementarse en 10 centavos; en esa oportunidad, la revista justificó el aumento, apelando a las exigencias de un mayor costo, por el constante aumento de páginas, por la calidad del papel y por efectuarse el cosido con hilo, en forma de libro en vez de alambre como se hacía hasta entonces. Cf. avisos publicados en Claridad N. 309 y 310, ENE y FEB 1937. Este precio se mantuvo hasta que comenzaron los problemas de escasez de papel derivados de la guerra, cuando el precio fue aumentado a 50 centavos.

¹⁵ El valor de un periódico era de 10 centavos. Si tomamos como base los años 1937-1938, el precio de Claridad era de 40 Cts., en el país, con una suscripción anual de \$5 y U\$S 2 en el exterior; en el mismo período la revista Nosotros, que dirigían Alfredo Bianchi y Roberto Giusti tenía una suscripción anual de \$10 y los números sueltos se vendían a \$1; mientras que Cursos y Conferencias, la revista del Colegio Libre de Estudios Superiores, se vendía a \$1,50, con una suscripción anual de \$12. Entre las revistas Latinoamericanas que se vendían en distintos países, el precio de Claridad resulta también sensiblemente inferior a Liberación (Revista Centroamericana de Vanguardia), El Espectador Habanero "El magacén de las tres Américas"; Eurindia, órgano mensual del bloque de escritores revolucionarios, que se editaba en México, entre otras que tenían una suscripción anual de U\$S 3. No tenemos, sin embargo datos sobre la suscripción de Repertorio Americano, la revista centroamericana que dirigía Monge, en Costa Rica, que como Claridad tuvo una amplia repercusión el continente.

¹⁶ Los datos sobre la tirada fueron extraídos del libro de A. Roubakine, La Protección a la Salud Pública en la URSS, publicado por Claridad, [s/f] [fecha aproximada 1934]. Sobre la distribución en América Latina, ver apartado II.

Nueva Generación.¹⁷ En los años treinta, Leónidas Barletta es ya una figura ajena a *Claridad*, y a la que se suele criticar duramente.¹⁸

La voluntad manifiesta desde el primer número de la revista de “estar más cerca de las luchas sociales que de las manifestaciones puramente literarias”, (a pesar de lo cual se publica una gran cantidad de material literario en los primeros años¹⁹), se hace más firme en los años treinta. Por otra parte, se registra un desplazamiento de las polémicas: *Claridad* abandona la línea de enfrentamiento que había tenido con distintas publicaciones para encarar más decididamente la polémica ideológica.

En 1929, entonces, el secretario de Redacción es ya Edmundo Barthelemy,²⁰ y la revista cuenta con un comité de redacción, integrado por Álvaro Yunque, Juan Unamuno, Saúl Bagú, Salomón Wapnir, Israel Zetlin (César Tiempo) y Miranda Klix, junto a seis corresponsales en el exterior.²¹ Si bien, como afirma Bagú en la revista no parece haber existido un trabajo comunitario, por lo menos de envergadura, para la confección de los ejemplares,²² se advierte una mayor elaboración previa, en particular a partir de 1933, cuando junto al cambio de frecuencia y al aumento del número de páginas, comienza a incluirse un sumario, y la presentación de secciones frecuentes, a cargo de personas allegadas a la redacción. Así, junto a la nota editorial, aparece “Universitarias”, sección firmada por “Estilete”; la sección Bibliográfica, dedicada a comentar los libros y las revistas recibidas, que estuvo a cargo, durante un tiempo, de Dardo Cúneo y Sergio Bagú; y secciones de informaciones o comentarios breves sobre temas políticos, (como “A Trota Pluma”, de Narcí; “Al Margen”, de Amador de Assis; “Tanke” de Omar Viñole; “Cómo los Siento”,

¹⁷ Véase la caracterización del crítico literario uruguayo Zum Felde, en *Claridad* N. 131, Mar. 1927, y en el mismo número el artículo de Roberto Mariani “Ellos y Nosotros”.

¹⁸ Véase especialmente los Números 200, 201, 202, FEB 8 y 22 y MAR 8 de 1930, respectivamente, el Número 236, OCT 10, 1931 donde se redacta un acta de defunción de Barletta y el N. 263, MAR, 23, 1933.

¹⁹ H. R. Lafleur, S. D. Provenzano, F. P. Alonso, *Las revistas literarias argentinas 1893-1960*, Bs.As., Ediciones Culturales Argentinas, 1962, p.106. En el número I de la revista, JUL, 1926, la Dirección afirmaba “*Claridad* aspira a ser una revista en cuyas páginas se reflejen las inquietudes del pensamiento izquierdista en todas sus manifestaciones. Deseamos estar más cerca de las luchas sociales que de las manifestaciones puramente literarias. Creemos de más utilidad para la humanidad del porvenir las luchas sociales que las grescas literarias, sin dejar de reconocer que de una contienda literaria puede también volver a surgir una nueva escuela que interprete las manifestaciones humanas en forma que estén más de acuerdo con la realidad de la época en que vivimos”. Sobre la posición a comienzos de los años treinta, véase *Claridad*, N. 236, OCT 10, 1931.

²⁰ Barthelemy se desempeñaba además como Secretario del Interior del Ateneo Claridad, organización creada por la revista, donde se dictaban conferencias, se realizaban actos, se adhería a Congreso Internacionales y se elaboraban manifiestos.

²¹ Cf. *Claridad* N.186, JUL.13 1929. Los corresponsales eran Domingo Cubeiro, (Estados Unidos); F. Laguado Jaime (Cuba), Ferrata de Paulos (Uruguay); Abraham Valdez (Bolivia); Juan Peralta (Ecuador); J. Guillermo Guevara (Perú). Entre ellos, Juan Peralta colaboró activamente con el envío de notas desde Quito.

²² Bagú sostiene que todo se concretaba con “el aporte individual de cada colaborador”, cf. “La revista *Claridad*”, en *Todo es Historia*, citado, p.28.

de Máximo Amor), junto a las secciones con las que, como se verá, contó el Partido Aprista Peruano.

Junto a los nombres mencionados fueron colaboradores frecuentes de *Claridad*, en la Argentina, Elías Castelnuovo, Ernesto Giudici, Juan Lazarte, Liborio Justo, Saúl Bagú, Narciso Márquez, Alfredo Muzzopappa, Herminio Rondano, todos ellos miembros de la izquierda intelectual y política. Zamora contó además para la confección de la revista con los “colaboradores espontáneos”,²³ lectores que enviaban notas para su publicación. De esta manera, el universo de articulistas (entendiendo por ellos a quienes publicaban textos aun ocasionalmente) es marcadamente vasto: la misma revista, en un balance de sus 16 años publicado en el número 322, de febrero de 1938, señala la presencia de “dos mil colaboradores”.²⁴ Este conjunto resulta marcadamente heterogéneo desde el punto de vista de la ubicación de sus integrantes en el mundo cultural; sin embargo, una mirada atenta al perfil ideológico general que exhibe la revista permite descubrir coincidencias evidentes en torno a la actitud crítica hacia el sistema político y social. Desde ya, anticipamos que esta posición inicial compartida no impidió las polémicas y debates en sus páginas.

El peso de aquellas colaboraciones espontáneas parece haber sido significativo, a juzgar por las reiteradas notas de la redacción dedicadas a “los compañeros colaboradores”,²⁵ a su vez, ellas se constituyen en una vía de aproximación a algunos perfiles de los lectores posibles, y a los circuitos a través de los cuales la revista llegaba al interior y al exterior del país.

Respecto de la primera cuestión, es posible afirmar, atendiendo a los textos de aquellos que la publicación denomina “colaboradores espontáneos” —suerte de lector participativo—, que la revista, junto a su reconocida circulación entre los sectores populares,²⁶ parece convocar a grupos particularmente comprometidos en la militancia política. Resulta importante destacar, en este sentido, la frecuencia con la que en los artículos se alude a grupos menores, y a pequeños enfrentamientos internos, sin ningún dato aclaratorio; ello permite plantear la existencia un público iniciado en determinada práctica política, capaz de manejar los códigos propios de los ambientes en que esa actividad se desarrolla: para alguien ajeno a ellos, tales debates debían resultar casi incomprensibles y hasta banales. Dentro de este espacio, la juventud “con inquietud social”, es el público al que se aspira a llegar, en el marco de este proyecto político-cultural en el cual la participación, como dijimos, era un elemento

²³ Se utiliza la designación que le daba la Dirección de la revista.

²⁴ Cf. *Claridad* N.322, FEB, 1938.

²⁵ Ver, por ejemplo, *Claridad*, N. 279, JUL.1934, donde se solicita que se envíen las colaboraciones con una semana de anticipación.

²⁶ Ver el trabajo citado de L. A. Romero.

central.²⁷ De allí, que la editorial solicitara al público lector tanto de sus revistas como de sus libros, la opinión sobre los mismos y el “hacerlos circular” una vez que los hubiera leído.²⁸ En el ámbito de una izquierda americana que, anticipamos, *Claridad* aspiraba a construir, la voluntad de transformar estaba asociada a la necesidad de conocer y oír otras voces.

En relación con el segundo punto mencionado, debe señalarse que la redacción recibe continuamente poemas, cuentos, artículos políticos desde distintos puntos del país: Mendoza, La Plata, el interior de la provincia de Buenos Aires, Bahía Blanca, aun Santiago del Estero, Belén, Rosario del Tala, o Catamarca. Esa presencia apunta a dotar de una mínima verosimilitud la sin duda exagerada afirmación de *Claridad* acerca de la presencia de corresponsales en “todas las ciudades del interior”.²⁹ Por otra parte, sugiere que las personas o grupos que podían hallar en la revista un instrumento de difusión se hallaban extendidos por todo el país: vista desde *Claridad*, la izquierda, lograba, en la Argentina de los años treinta, contar con una presencia prácticamente nacional, más allá de que en muchas ocasiones su implante fuera efectivamente débil. Esta situación contrasta con la difundida imagen de la “izquierda municipal”, aunque esta última se refiera, fundamentalmente, a la potencia electoral.

Cuando estas colaboraciones lleguen desde otros países de América Latina, se repetirá, como veremos, la circunstancia de que, junto a las redactadas en ciudades importantes, muchas de ellas provienen de sitios por lo menos remotos. La consolidación y ampliación de estos circuitos a los largo de los años treinta queda evidenciada, a su vez, por la comparación entre los seis países cubiertos por corresponsales en 1929, y los 22 países cubiertos por agentes y representantes indicada en marzo de 1937³⁰. Es posible que, junto al éxito comercial de *Claridad*, aquella expansión se halle sostenida y alentada por la creciente importancia de Buenos Aires en el mundo cultural de lengua española: *Claridad* era una revista que, desde un centro de la industria del libro, desde una ciudad que albergaba a múltiples

²⁷ Las alusiones a la juventud se reiteraban cada vez que la revista intentaba definir su orientación; véase, por ejemplo, el N. 274-275 de FEB-MAR de 1933, en el que se expresa: “Claridad es una antena que desde nuestro país irradia ideas y cultura para todos los países de Indoamérica, que agita y orienta con su prédica doctrinaria y su siembra de cultura. En ella la juventud tiene su altoparlante”. Este planteo convive con la afirmación de ser un “exponente fiel de las ideas y de la inquietud social de la juventud americana”, N.322, FEB, 1938.

²⁸ Véase, por ejemplo, la nota de la editorial, publicada en el libro de Julio Barcos, Política para intelectuales, Bs. As., Claridad, [s/f], donde se solicita: “a cada lector de sus publicaciones la opinión que le merezca esta edición en particular y en general sobre toda la obra que desarrolla con las ediciones populares y la revista. Deseamos conocer opiniones, ya sean favorables o contrarias, para consolidar nuestra orientación, ampliar nuestra iniciativa o corregirnos con las ideas que nos pueda sugerir el público. Los propósitos de la Editorial CLARIDAD son propósitos de cultura, y por eso una vez que usted, amigo lector, haya leído este libro, debe hacerlo circular ampliamente.”

²⁹ Cf. Claridad N. 310, FEB. 1937.

³⁰ Cf. Claridad N. 311, MAR.1937.

intelectuales, editoriales y publicaciones, intentaba, y parecía lograr, llegar a Portugal, a España y a toda América.

I.2. Los referentes europeos

Al igual que muchas otras publicaciones argentinas dedicadas a las cuestiones políticas y literarias, *Claridad* se muestra atenta a los procesos europeos, y establece contactos sistemáticos a través de las traducciones, los comentarios de libros, la reproducción de manifiestos y declaraciones, el intercambio epistolar, aún la publicidad- con ciertos sectores de aquel universo cultural. El propio nombre de la revista es, en este sentido, revelador, y señala la alineación con el grupo francés Clarté de Barbusse, Rolland y Gide, vinculado a la llamada Internacional del Pensamiento. La revista argentina incorporó incluso la frase de Barbusse “queremos hacer la revolución en los espíritus “, (a la que agregaba la más autóctona “educando al soberano,”) para sintetizar sus propósitos iniciales. Por otra parte, la publicación de Zamora se encargó de difundir, y hasta participó activamente, en los congresos convocados por los intelectuales franceses.³¹ Las obras de Barbusse, Rolland, Gide fueron editadas o vendidas por *Claridad*,³² aunque otras editoriales participaron, presumiblemente por razones diversas, en esa difusión: entre las porteñas, Sur y Tor, por ejemplo. Cabe tener en cuenta, además, que a la cercanía ideológica que impulsaba a *Claridad* a traducir y editar a estos autores, puede razonablemente sumarse la circunstancia de que sus libros constituían, en muchas oportunidades, grandes éxitos de venta que, inclusive, se prolongaban muchos años: *El fuego* se editaba en Buenos Aires todavía en 1948. Puede entonces suscribirse el planteo de King, que afirma: “*Claridad* owes more than just its name to the *Clarté* movement and Henri Barbusse”.³³

El análisis de tal deuda, en el contexto de este trabajo, debe realizarse de manera acotada, obviando, por ejemplo, un problema importante en este tipo de planteos, como es el de las

³¹ El Ateneo y la revista *Claridad* adhirieron al Congreso por la Paz, realizado en Ginebra en 1932. Zamora colaboró también en la organización del Congreso Juvenil contra el Fascismo y la Guerra que se realizó en 1934, como respuesta al pedido efectuado por Barbusse, y en el Comité Argentino de Ayuda Antifascista, que se organizó como respuesta al pedido del Comité Internacional de Ayuda Antifascista presidido por Romain Rolland. Cf. *Claridad* N.279, JUL, 1924.

³² En la Administración de *Claridad* se vendían libros publicados en otras editoriales. La lista de los mismos se incluía en la revista bajo el Título “buenos libros”, cf. *Claridad* N 319, NOV. 1937; también se realizaban suscripciones y se vendían ejemplares sueltos de *Monde*, el semanario que dirigía Barbusse, y en el que colaboraban Albert Einstein, Máximo Gorki, Upton Sinclair, Manuel Ugarte, y Miguel de Unamuno, Cf. *Claridad* N.251, AGO,12, 1932.

³³ Cf. John King, *Sur. A study of the Argentine literary journal and its role in the developement of a culture 1931-1970*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

modificaciones que un conjunto de ideas o un proyecto cultural sufren en un proceso de apropiación, trasplante y ajuste a una realidad diversa de aquella en la que nacieron. Con esos límites puede sin embargo señalarse que la denuncia de la guerra, el pacifismo, y la preocupación por lo que King llama “educación revolucionaria” fueron parte importante de la herencia que el grupo francés legó a algunos intelectuales latinoamericanos.

En la Argentina, por ejemplo, se registraron dos publicaciones previas a la Zamora con el nombre de *Claridad*, que aparecieron hacia 1920. Una de ellas fue financiada por José Ingenieros y dirigida por José P. Barreiro, participando estudiantes de Filosofía y Letras y militantes de la izquierda socialista, con el fin de realizar en la Argentina los objetivos de Clarté; Ingenieros, ya desde 1919, se encargaba de difundir el programa del grupo francés.³⁴ La otra, publicada por Rodolfo Troncoso, estuvo ligada al ala tercerista del Partido Socialista y, aunque Zamora no filiará su emprendimiento con ella, algunos grupos militantes sospechaban la continuidad.³⁵

En Brasil, a su vez, funcionaba por la época un grupo también llamado *Clarté*; en el Perú, el órgano de difusión de la Universidades Populares González Prada (experiencia política previa a la fundación formal del APRA), dirigido hacia 1923 por Mariátegui y Haya de la Torre, llevaba también por nombre *Claridad*. Todavía en 1927, una editorial del mismo nombre publicaba en Lima, y experiencias similares se habían registrado en México y Chile.³⁶ Naturalmente, esta coincidencia podría tomarse como prueba de la mera difusión de una denominación; creemos, por el contrario, que aunque sea difícil plantear la absoluta coincidencia de ideas en el caso de empresas colectivas, se trata de una actitud ideológica común que intenta, con mayor o menor precisión y éxito, hacer suyas, en América Latina, los planteos de *Clarté*. En este sentido parecen apuntar no sólo los contactos entre los grupos americanos, sino la relación de Haya de la Torre con Rolland y Barbusse, la posible influencia de Barbusse sobre Mariátegui,³⁷ y la

³⁴ Ver José Ingenieros, “La Internacional del Pensamiento”, en la compilación titulada *Los Tiempos Nuevos*, Bs. As., Futuro, 1947; se trata de una conferencia dictada en noviembre de 1919.

³⁵ Sobre el ala tercerista ver Emilio Corbière, *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, Bs. As., CEAL, 1987, pp.18-22; Horacio Sanguinetti, *Los Socialistas Independientes*, Bs. As., de Belgrano, 1981, pp.90-97. Tanto Leonardo Paso, en *Historia de los Partidos Políticos en la Argentina 1900-1930*, Bs. As., Bs. As., Directa, 1983, pp.460-463; como Benito Marianetti, en *Argentina. Realidades y Perspectivas*, Bs. As., Platina, 1964, p. 416 reproducen la interpretación que del grupo Claridad suministra el Partido Comunista en su *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Bs. As., Ateneo, 1947, p.45-46.

³⁶ Ver King, *ob. cit.*, p. 26; Percy Murillo Garaycochea, *Historia del APRA 1919-1945*, Lima, Atlántida, 1976, pp. 69 y 70; *Claridad*, N. 140, AGO, 15, 1927; carta firmada por Mariátegui en ocasión de la clausura de *Amauta*. Sobre Claridad, “Boletín de oposición de izquierda” en México, ver Michael Lowy, *El marxismo en América Latina*, México, ERA, 1982, p.18.

³⁷ Ver Charles Hale “Political and social ideas in Latin America, 1870-1930”, en L. Bethell (ed.) *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, 1986, vol. IV ,p. 433.

presencia permanente de estos mismos autores en las páginas de la revista argentina.

En este contexto, otra presencia que se destaca y que nos obliga a mencionarla aun brevemente es la de los intelectuales y grupos políticos españoles; ella sugiere, inicialmente, la necesidad de revisar las opiniones que suelen reducir su presencia a Ortega —desde 1910 aproximadamente—, y a los grupos de la derecha tradicionalista argentina. Estos vínculos, que asumen también formas variadas (atención a los hombres de letras como Blasco Ibáñez o Unamuno; intercambio de publicaciones —*Leviatán*, que dirigía Luis Araquistain, en Madrid; *Tierra Firme*, revista de arte, filosofía, política y literatura, que publicaba en Madrid el ex embajador en la Argentina, Enrique Díez Canedo; *La Revista Blanca*, de Barcelona, que dirigía la anarquista Federica Montseny, entre muchas otras—;³⁸ comentarios de libros, artículos enviados por españoles; incorporación de colaboraciones permanentes; reproducción de artículos publicados en revistas españolas), constituyen las vías de un diálogo que cubre toda la década.³⁹ No son la instauración de la República, ni el triunfo del Frente Popular, ni la Guerra Civil, los procesos que disparan la atención de la revista; ellos sólo la aumentan y modelan en nuevas direcciones.⁴⁰

Asumiendo una perspectiva diversa de la que venimos desarrollando, debe señalarse que otros procesos son naturalmente atendidos por *Claridad*; entre ellos, se cuentan el fascismo y la experiencia soviética. Respecto del primero de ellos, la revista mantendrá la línea de crítica cerrada que había inaugurado en los años veinte, y que halló en el triunfo del nacional-socialismo alemán una nueva oportunidad para endurecerse, como ocurrió en muchos otros ámbitos políticos.⁴¹ Sin embargo, el diagnóstico que *Claridad* realiza acerca de este fenómeno sufre también las transformaciones que el discurso general de la revista parece evidenciar: así, en la primera mitad de la década, el análisis se despliega en una clave fundamentalmente económica (el fascismo es entendido como un sistema dictatorial que el capitalismo crea para defenderse en la etapa de su crisis final), para pasar, hacia la

³⁸ Díez Canedo, fue ministro en Uruguay y embajador en Argentina, durante la República (de 1931); otras revistas difundidas por *Claridad* fueron: *Hispánica Moderna*, de Alicante; *Nueva Cultura y Estudios*, de Valencia y *Hora de España*, de Barcelona. Por otra parte, el representante general en la Argentina, del diario *Claridad* de Madrid, que dirigía Luis Araquistain, era Saúl Bagú, estrecho colaborador de la revista *Claridad*.

³⁹ Las colaboraciones fueron incorporadas en 1935, Cf. *Claridad* N. 298, FEB. 1936. La revista solía reproducir artículos del *Socialista*, *Leviatán* y *Claridad* de Madrid, publicaciones dirigidas por Araquistain. Se dedicaron además números de *Claridad*, a personalidades españolas, entre ellas a Pablo Iglesias (N.221), Julián Besteiro (N.266), Francisco Largo Caballero (N.273), Ramón y Cajal (N.282), Manuel Azaña (298), y Ángel Ossorio y Gallardo (N.326-327); y en mayo de 1931, se editó un número especial “de adhesión de la Izquierda a la República Española” (N.231).

⁴⁰ Tampoco lo explica el origen español de Zamora. En un reportaje realizado por el *Sol* de Madrid a Sánchez Viamonte, en 1926, este destaca el interés de la juventud por lo que denomina figuras de la nueva España, entre ellas cabe destacar a Unamuno, Araquistain, Jiménez de Asúa y Fernando de los Ríos. La entrevista fue reproducida por *Claridad* en 1931, Cf. N.231.

⁴¹ Ver, al respecto, Renzo de Felice, *El Fascismo. Sus Interpretaciones*, Bs. As., Paidós, 1976, pp. 10-12.

segunda mitad, a la condena apoyada en criterios político-institucionales más explícitos.

La experiencia soviética, por su parte, había constituido para la revista, a lo largo de la década de 1920, un punto de referencia insoslayable, cuyo prestigio cubrió también los años que van hasta 1935-1936. A pesar de algunas críticas circunstanciales, “Rusia” seguía encarnando el modelo de sociedad a construir, el espejo en el que los sectores de la izquierda argentina que se expresaban en *Claridad* gustaban mirarse. Sin embargo, hacia la mitad de la década la decidida y enérgica condena de los procesos de Moscú, abrió una línea de crítica que insistía en los aspectos dictatoriales del régimen stalinista.⁴²

En este punto resulta pertinente incluir —a pesar de no tratarse de un fenómeno europeo—, alguna referencia al impacto de la experiencia rooseveltiana. Hacia 1936, en un clima político ya preocupado por la posibilidad cercana de guerra, tiene lugar el “alineamiento” con Roosevelt, proceso que, según sostendremos más adelante, parece hallarse vinculado a una reformulación profunda de ciertos elementos ideológicos tradicionales en la revista. Esta reformulación —relacionada también con las transformaciones en la posición sostenida ante el fascismo y el stalinismo— asume un carácter explícito en enero de 1937, cuando, después de la visita de Roosevelt a Buenos Aires, *Claridad* deja de ser “Tribuna de Pensamiento Izquierdista”, para transformarse en “La Revista Americana de los Hombres Libres”.⁴³

I.3. Claridad y la izquierda política argentina

Claridad planteó la que creía era su orientación ideológica, aun a grandes rasgos, desde el primer número, a través del subtítulo que la acompañó hasta 1937: “Tribuna de Pensamiento Izquierdista”. Esa definición se completaba con el declarado “eclecticismo” de la revista. Este último término, de amplia circulación en el período de entreguerras, apuntaba tanto a destacar el carácter no dogmático de la publicación, como el valor asignado a la difusión y conciliación de diferentes conocimientos.⁴⁴ El objetivo

⁴² En marzo 1938, por ejemplo, Zamora firmó junto a Bartolomé Fiorini, Antonio Gallo, Liborio Justo y Samuel Kaplan una “Protesta contra los Procesos de Moscú”, publicada en el número 323 de *Claridad*. Respecto del “mito” de la Unión Soviética en los grupos intelectuales de la izquierda argentina ver Sarlo, *ob. cit.*, pp. 121 y ss. Algunas de estas cuestiones serán retomadas en próximos capítulos.

⁴³ El cambio del tradicional subtítulo de la revista se produjo en el número 309, de enero de 1937; el número 308, de diciembre de 1936 había sido dedicado a Roosevelt.

⁴⁴ En 1938, la Dirección seguía afirmando “El eclecticismo que mana de las diversas manifestaciones de la inquietud americana, se expresa con multiplicidad de matices, en los millares de colaboraciones que contienen las páginas de

era crear un espacio que lograra abarcar las distintas vertientes de lo que entonces se entendía como izquierda, cuya definición sufrió variaciones en el curso de los años treinta. En el mundo político argentino la “izquierda” incluía, para *Claridad*, al socialismo, al anarquismo, al comunismo, a los primeros grupos del trotskismo, pero también al georgismo,⁴⁵ junto a lo que se consideraba la “juventud independiente”, estudiantes e intelectuales, y también militantes de organismos universitarios y sindicales; así la revista imaginaba un “frente de trabajadores manuales e intelectuales”.⁴⁶

En los años treinta, por otra parte, era frecuente el paso de militantes de una agrupación a otra; el golpe del 6 de septiembre, a su vez, parece haber activado la necesidad de definir una ubicación partidaria. Como ejemplos pueden mencionarse el de Barcos; el de Giudici, (de un apoyo electoral al yrigoyenismo en 1928, pasa al socialismo en 1930, para incorporarse al Partido Comunista en 1934); e incluso el de Rondano, que se afilia al socialismo después del golpe uriburista. La afiliación de Alejandro Korn y la reincorporación de Alfredo Palacios al PS luego del golpe militar, representan ejemplos simbólicos de esa actitud.

Los desplazamientos del liberalismo al anarquismo y de este al marxismo, y luego las escisiones producidas en el socialismo y el comunismo de las décadas anteriores representaban, sin embargo, antecedentes de movilidad demasiado importantes como para atribuir a los años treinta características especiales. A comienzos de esa década no se ha terminado de procesar el profundo impacto que la revolución rusa produjo en la izquierda política argentina; la crisis económica y el golpe militar reactualizaron, así, antiguas polémicas sobre medios y fines, e implicaron, a su vez, nuevos debates alrededor del concepto de democracia y de su relación con el socialismo.

Por otra parte, la idea de publicar una revista de izquierda extrapartidaria, si bien podía responder

Claridad, desde el primer número hasta la fecha”; cf. N.322, FEB. 1938. Ver también N.274-275, FEB-MAR 1933, donde se afirma: “Su labor como editorial, está animada por el más alto espíritu ecléctico, porque con este criterio es más fácil llevar al alcance de toda mentalidad los principios elementales para entrar en el conocimiento de los más grandes problemas.” Otras revistas como *Nervio* y *La Revista del Pueblo* intentaron también definir su orientación como “ecléctica”.

⁴⁵ Las relaciones fueron ambiguas con la Democracia Progresista. En principio, la alianza electoral fue procesada con bastante dificultad por los militantes socialistas. En el curso de la década y con los cambios que se registraron en la revista se revalorizó la figura de Lisandro de la Torre, a quien se dedicó un número de la revista. Por otra parte, *Claridad* se opuso abiertamente al Partido Socialista Independiente, al que acusó de desviacionismo de derecha. El georgismo, a fines de los años veinte, afirmaba compartir con los otros integrantes de la izquierda el objetivo de una sociedad sin clases. Ver el artículo de C. Villalobos Domínguez en *Claridad*, N. 131, MAR 1927.

⁴⁶ En el Partido Radical también existía un sector al que se identificaba como “la izquierda del partido”, y que incluía, entre otros militantes, a Barcos, Peco y Ortiz Peryra. Si bien participaron en los años treinta en empresas conjuntas con la izquierda socialista, no se expresaron en la revista *Claridad*. El caso de Barcos es ilustrativo, asiduo colaborador de Zamora en los años veinte, mientras militaba en el anarquismo, se aleja de la revista después de su incorporación al radicalismo.

a los objetivos comerciales de una empresa editorial, da cuenta también de la suposición de la existencia un espacio compartido, en el que se reconocían rasgos comunes: la condena al “clericalismo”, al “militarismo” y al “imperialismo”; una actitud pacifista, (que sin embargo reivindicaba a la “revolución”, como “la única guerra bendecida”);⁴⁷ y la voluntad de construir, a pesar de la diferencia de métodos, una sociedad igualitaria. La confianza en la existencia de esta izquierda, a la que se consideraba “diversa, pero a la vez una”, empalmaba, a principios de la década, con la certeza de la viabilidad de un movimiento de masas, al que se llegaría a través de un frente encabezado por el Partido Socialista.⁴⁸

Como operación política que atendiera a estos últimos objetivos, la intentada por el “grupo Claridad”, constituido por la editorial, la revista y el Ateneo del mismo nombre, se mostraba, para sus promotores, inicialmente más eficaz que la que podía intentarse desde una publicación partidaria. De esta manera, para Zamora *Claridad* no era una revista dogmática, sino que servía “al socialismo sincera y lealmente, contribuyendo al estudio y discusión de sus problemas con toda amplitud de miras y ecuanimidad, entendiendo su Dirección que así su obra es tanto o más eficaz que si fuera una publicación sujeta a cánones preestablecidos”.⁴⁹

De acuerdo con su instalación en la izquierda, *Claridad* contó con colaboradores anarquistas, como Lazarte; georgistas como Villalobos Domínguez; comunistas como Larra, Puiggrós y Astesano; numerosos socialistas, algunos de ellos, en tránsito al comunismo, como Marianetti o Giudici; trotskistas como Liborio Justo y Gallo. En este marco, la revista no dejó sin embargo de proclamar, por lo menos hasta 1936, su pertenencia a una matriz teórica que llamaba “socialismo científico” o marxismo.⁵⁰

Si desde el punto de vista de la participación de intelectuales la editorial fue amplia, sus relaciones con las estructuras partidarias estuvieron más limitadas. Zamora y un grupo importante de colaboradores estaban afilados al Partido Socialista (Coca, Bagú, Sudá, Cúneo, Giudici —hasta 1934—, Rondano, Unamuno, Muzzopappa, entre muchos otros). La Dirección de la revista, por su parte, consideraba que el partido socialista era, en el país, la fuerza política con mayor capacidad para transformar la sociedad. Este

⁴⁷ La idea de revolución como “la guerra que traerá la paz”, estaba asociada al movimiento pacifista surgido en el contexto de la Primera Guerra Mundial. El último número de la revista *Los Pensadores*, que se publicó en junio de 1926, constituyó un manifiesto “contra la guerra”; ver particularmente el artículo de César Tiempo “Oración de la guerra bendecida”, N.122.

⁴⁸ La definición de una izquierda diversa, pero a la vez homogénea se ha tomado de Giudici; ver *Todo es Historia*, citado, p. 27.

⁴⁹ Cf. *Claridad* N.262, FEB. 25, 1933.

⁵⁰ Ver, entre otras, la nota editorial, aparecida después de la clausura de *Claridad* en enero de 1932, en la que Zamora, luego de ubicarse en “la extrema izquierda” del socialismo, reafirma que la revista “seguirá siendo un laboratorio de cultura [...] llevando por bandera el marxismo tendrá siempre abiertas sus columnas a todas las manifestaciones del pensamiento izquierdista”, N. 243, ABR. 30, 1932.

proceso de transformación, sin embargo, debía ir precedido de la modificación interna en el propio partido, que se entendía salpicado también por los “vicios” atribuidos a otras organizaciones políticas. Las acusaciones de falta de democracia interna y de ausencia de verdadero “socialismo” dentro del partido apenas ocultaban la crisis de autoridad, agudizada tras la muerte de Justo.

La publicación se presenta atravesada por los no pocos conflictos que en los años treinta conmovieron al socialismo y que condujeron a un proceso de disgregación, por expulsión o autoexclusión, de los sectores más radicalizados del mismo. En este contexto, la Dirección ubicó su línea de crítica en sintonía con los reclamos de lo que se constituyó como izquierda del Partido Socialista, en la cual, hacia los primeros años de la década emergieron como figuras de peso, Benito Marianetti, Ernesto Giudici y Eduardo Sarrabayrouse.⁵¹ En 1933, *Claridad* dedicó tres números de la revista a difundir una encuesta entre los “militantes activos” sobre el cambio de táctica del socialismo.⁵² La posición de la Dirección fue precisa en su apoyo a la demanda de la Federación Mendocina sobre la convocatoria a un Congreso, en momentos en que la Internacional Socialista promovía la discusión de los métodos de lucha para alcanzar el poder por la clase obrera. La encuesta revela, a su vez, la preocupación de estos afiliados por lo que

⁵¹ Una de esas polémicas, particularmente atendida por *Claridad*, se desató a raíz de la nota enviada en octubre de 1932 por la Federación Mendocina al Comité Ejecutivo Nacional del PS, proponiendo la celebración de un congreso nacional extraordinario para discutir los cambios de táctica que debían adoptarse frente a la crisis —cíclica o definitiva— del sistema. Esta discusión debía darse alrededor de tres puntos centrales: la organización nacional de una fuerza militar de defensa con afiliados y simpatizantes del PS; la modificación de la política de prescindencia sindical; y la necesidad de que se tendiera a la realización del Programa Máximo, lo que, naturalmente, significaba apuntar a la socialización de los medios de producción. Este sector del Partido Socialista se expresó a través de las revistas *Izquierda* y *Cauce*, entre 1933 y 1935, y destacó la necesidad de redefinir la orientación del partido, en un momento de “características esencialmente diferentes” de las que exhibían las anteriores, en el que se consideraba se estaba decidiendo en el mundo “el porvenir del socialismo”. Cf. Nota de la Federación Mendocina del 29-10-32. A fines de 1934, apareció el primer número de *Izquierda*, revista de “crítica y acción socialista”, que se proponía ser un exponente del “partido obrero dentro del Partido Socialista”. El comité de Redacción lo integraron Bartolomé Fiorini, Carlos Sánchez Viamonte, Benito Marianetti y Urbano Eyra. La revista incluyó colaboraciones de Dardo Cúneo, Sergio y Saúl Bagú, Emanuel Sudá, Rodolfo Aráoz Alfaro. Cf. *Claridad* N. 283, NOV. 1934. *Cauce* se publicó entre setiembre de 1933 y mayo de 1934 y se definió como “tribuna de pensamiento marxista” y “órgano de la izquierda socialista”; el grupo *Cauce* se disolvió después de la incorporación de Giudici al partido Comunista en julio de 1934. Véase Puiggrós, *Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos* (III), Bs.As., Hyspamérica, 1986, pp.290-304; el citado artículo de Giudici en *Todo es Historia* y José Ratzel, *El movimiento socialista en Argentina*, Bs. As., Agora, 1981, p. 170-174. Sobre la izquierda del PS puede consultarse también el artículo publicado por Giudici en *Claridad* N.273, ENE 1934 y la versión que da el propio Marianetti en *Argentina Realidad y Perspectivas*, Bs. As., Platina, 1964, pp. 378 a 381, después de su incorporación al Partido Comunista, donde lo presenta como un movimiento con arraigo en Capital Federal, Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Mendoza y San Juan, entre 1929 y 1937, que sin embargo careció de homogeneidad y cohesión.

⁵² La encuesta se tituló “¿Debe cambiar de Táctica el Socialismo?” y apareció en los números 261 a 263 de la revista (enero a marzo de 1933). Respondieron, entre otros afiliados, Saúl Bagú, Dardo Cúneo, Santos de Olmo, Ernesto Giudici, Narciso Marquéz, Benito Marianetti, Alfredo Muzzopappa, Herminio Rondano, Eduardo Sarrabayrouse, y Zamora. Ver también en el N. 264 de ABR de 1933 los artículos de Zamora, Marianetti y Giudici.

consideraban la “parlamentarización” del partido y su peligrosa disociación de las “demandas del pueblo” en momentos de crisis y desocupación, así como por las fallas de la política de prescindencia sindical. También se evidencian discrepancias sobre la complementariedad o la oposición entre las tácticas “evolucionistas” y las “revolucionarias”, y los consiguientes apoyos o rechazos a la posibilidad de construir una democracia social.⁵³

A medida que se fueron polarizando las diferencias entre la conducción del partido y la izquierda, Zamora representó una línea intermedia, que hizo hincapié en la necesidad de evitar rupturas, fiel a la idea central de aunar fuerzas para formar un frente o un partido de masas.

Si bien en su relación con el PS *Claridad* asumió una posición crítica, en la convicción de poder transformarlo, sus relaciones más conflictivas se desarrollaron con el Partido Comunista. Las páginas de la revista se prestaron como vehículo de respuesta a las críticas que desde el PC se lanzaron contra el socialismo, y particularmente contra la izquierda del mismo, hasta mediados de la década del treinta.⁵⁴ La polémica con el comunismo no cerró, sin embargo, las páginas de la revista a la colaboración de militantes de esa tendencia, pero en los puntos de conflicto la redacción se reservó el derecho a réplica o la simple aclaración de disenso con la nota que publicaba. *Claridad* parecía más enfrentada al sectarismo del PC local que a un movimiento internacional genéricamente comunista, que, en los primeros años de la década, todavía contaba en sus filas con hombres como Barbusse o Gide, con los que aún compartía la defensa de la Unión Soviética. Los jóvenes militantes comunistas, por otra parte, tenían demasiados puntos en común con esa izquierda socialista, que no sólo estaba tratando de definir métodos y tácticas, sino que concebía a su partido como una herramienta decisiva para la construcción de una sociedad sin clases. Los ataques del PC precisamente al sector de la izquierda del socialismo, más que un debate teórico, parecen revelar una precisa lucha por la captación de voluntades militantes; algunos jóvenes intelectuales parecían así quedar atrapados entre lo que entendían el “oportunismo” del PS y el sectarismo antiintelectual del PC.⁵⁵

⁵³ La necesidad de la defensa de un cierto tipo de democracia, diferenciada de la denominada “democracia burguesa”, está en discusión en los años treinta. Ver, por ejemplo, el muy difundido libro de C. Sánchez Viamonte, Democracia y socialismo, Bs. As., Claridad, [s/f].

⁵⁴ Ver especialmente las polémicas que mantuvo Coca con el PC, en los Nos. 203, MAR,2, 1930 y 205, ABR. 26, 1930; su respuesta al folleto de Rodolfo Ghioldi Marx y la Alianza Demócrata Socialista, 1932, en Claridad N. 244, MAY, 14, 1932 y 245, MAY 28, 1932; y la respuesta de Giudici al folleto de Ghioldi A dónde va el Partido Socialista, en el N. 273, ENE. 1934, poco antes de que el mismo Giudici ingresara al PC.

⁵⁵ Ver, por ejemplo, la polémica Art-Ghioldi, publicada en La Ciudad Futura, N.3, DIC. 1983.

II. AMERICA LATINA EN CLARIDAD: UNA LECTURA ANTIMPERIALISTA

II.1. Contactos y circuitos: ¿una revista aprista?

Claridad se definía a sí misma como una publicación de carácter continental, que reflejaba en sus páginas las inquietudes que agitaban a todos los pueblos de la región, y que “con empeño” registraba las “alternativas sociales, políticas y económicas de la historia de su liberación”.⁵⁶

Este objetivo de alcanzar una dimensión que excediera los límites nacionales parece haber sido alcanzado, aun parcialmente. La revista se distribuía en diecinueve países de lo que la redacción denominaba alternativamente indoamérica o latinoamérica, y un importante porcentaje de su tirada era vendido allí.⁵⁷ Es además el continente el escenario de los contactos más asiduos de la revista, la temática sobre la realidad latinoamericana la de mayor peso, y las colaboraciones de los intelectuales y militantes de la región las más frecuentes.⁵⁸ *Claridad*, realiza varias operaciones de diversa envergadura alrededor de su mundo de contactos latinoamericanos: asume lo que visualiza como problemas de la región, difunde a los “grandes intelectuales”, intercambia publicaciones con empresas paralelas,⁵⁹ comenta libros aún de autores poco difundidos, participa en campañas políticas, publica cuanto manifiesto de organismo estudiantil, político o gremial llegara a la redacción desde distintos puntos del continente, y se convierte en un canal privilegiado para la polémica entre las distintas vertientes de la izquierda política en América Latina en los años treinta: comunismo, socialismo, trotskismo, aprismo.

Los lugares desde los cuales llega -por distintas vías- el material que recibe la redacción nos hablan también de la difusión de la revista; así, resulta habitual que *Claridad* publicara notas no sólo desde las

⁵⁶ Cf. *Claridad* N.298 FEB 1936 y N. 322, FEB 1938.

⁵⁷ Zamora afirmó en una entrevista concedida a Emilio Corbière que la revista se vendía “un cincuenta por ciento en los países del continente, el otro cincuenta por ciento en nuestro país”, Cf. el número citado de *Todo es Historia*, p. 38. Raúl Larra, en la entrevista que nos concedió, también se refirió a la amplia difusión continental de la revista.

⁵⁸ Una simple revisión de la lista de temas que efectúa *Claridad* al cumplir su décimo sexto aniversario confirmaría esta afirmación. Naturalmente, una fuente de este tipo no es sencilla de abordar ya que los ítems los propone la propia revista; aparecen así algunos muy específicos (“Aprismo” o “Cine”) junto a otros excesivamente generales (“Ciencias” o “Crítica social”). El criterio utilizado por la revista no resulta demasiado evidente, ya que no permite inferir cómo se han diferenciado, por ejemplo, las notas sobre “Perú” de las incluidas bajo el ítem “Aprismo”. Sin embargo, y con las precauciones que estas circunstancias imponen, puede señalarse que sobre 100 números el ítem “Aprismo” incluye 82 notas, mientras que el titulado “Socialismo” 69 y “Fascismo”, 31; el rubro “Perú” cuenta con 60 notas, mientras que “Rusia” tiene 39. Cf. *Claridad* N.322, FEB 1938.

⁵⁹ Véase, por ejemplo, la Guía al Canje de *Claridad*, publicada en el N.330, OCT-NOV 1938. En el balance general de sus dieciséis años, N.322, FEB 1938, menciona un canje de 293 revistas y 66 periódicos para toda América, incluida Argentina y los Estados Unidos. El intercambio más significativo se realizaba con Cuba (47 revistas y 5 periódicos), Méjico (37-5), Colombia (23-3), Chile (18-3), Brasil (15- -), Ecuador (14-2), Uruguay (10-3) y Costa Rica (9-1).

capitales, sino desde puntos tan alejados como Arequipa, Jauja, Vines o Cuenca; a ellas cabría agregar las notas firmadas “desde la Cárcel”, desde “el exilio”, o “en la persecución”.

La distribución en este ámbito se debió a una política de difusión precisa de la revista. Zamora no sólo “armó una red de libreros latinoamericanos”, sino que envió ejemplares a bibliotecas, centros e institutos de cultura del continente, y a figuras de prestigio político e intelectual o reconocida militancia, entre ellos Mariátegui, Guillén y Haya de la Torre.⁶⁰ Este sistema de relaciones, por otra parte, no puede dejar de vincularse con los constituidos alrededor de la Reforma Universitaria —cuya rápida difusión por América Latina sugiere incluso la existencia de contactos previos a ella—,⁶¹ y aún al proceso que hizo del Partido Socialista argentino un modelo organizativo para algunos otros de Sudamérica.⁶² La Revolución Mejicana, por su parte, había contribuido a incrementar las relaciones; la vinculación de Alfredo Palacios, por ejemplo, con los dirigentes de Yucatán (y también con los líderes apristas) era permanente desde la década anterior, así como su actuación junto al radicalismo en la Unión Latinoamericana.⁶³

En los años treinta, el haber pertenecido al reformismo universitario representaba un pasado común donde reconocerse, ya fuera para destacar la importancia del movimiento, rectificar su rumbo o subrayar su ineficacia para los tiempos que corrían.⁶⁴ En este sentido, los contactos de *Claridad* con dirigentes y ex dirigentes estudiantiles era asiduo: por un lado, los que sostenía con el Apra, particularmente con Haya de la Torre, Luis Heysen y Manuel Seone. Por otro, los que mantenía en Venezuela con Rómulo Betancourt; en Paraguay con Oscar Creydit; con Hinojosa en Bolivia. Las relaciones entre organizaciones estudiantiles, a su vez, eran frecuentes y se veían favorecidas por la presencia de alumnos latinoamericanos en las universidades del país.⁶⁵

El proceso de radicalización de las luchas estudiantiles en la década del veinte, especialmente en

⁶⁰ En el número aniversario de 1938, se menciona una donación de 4.221 ejemplares en 1936, y 5.047 en 1937, Cf *Claridad*. N. 322, FEB. 1938.

⁶¹ En el movimiento estudiantil, por ejemplo, puede señalarse la reunión del Congreso Americano de Estudiantes de Montevideo en 1908, y los congresos de Buenos Aires y Lima en 1910 y 1912. Cf. Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina 1918-1930*, México, Siglo XXI, 1987 (1a.ed. 1978) p. 36-37.

⁶² En esta idea insistió José Aricó, durante el seminario titulado “Las ideas socialistas en América Latina”, desarrollado en el Instituto Torcuato Di Tella, en 1990.

⁶³ Ver la Correspondencia Palacios-Haya de la Torre, en *La Ciudad Futura*, N.2, OCT. 1987.

⁶⁴ Sobre el profundo impacto que tuvo la Reforma Universitaria en la intelectualidad latinoamericana, véase el trabajo citado de Portantiero, y los comentarios que efectúa Aricó en “1917 y América Latina”, en *La Ciudad Futura*, Bs. As., N.30-31, DIC. 1991-FEB 1992. En 1933 *Claridad* realizó una encuesta entre militantes y ex militantes estudiantiles, destinada a debatir si sus organismos gremiales debían intervenir como tales en la lucha social. Cf. *Claridad*, N.269 y 270, SET-OCT 1933.

⁶⁵ En La Plata, por ejemplo, el “Seminario Indoamericano Mariano Moreno”, nucleaba a estudiantes de diferentes países. Cf. *Claridad* N. 324, ABR 1938.

Perú y en Cuba, y los intentos golpistas después de la crisis de 1929 reactualizaron, por otra parte, el problema del exilio. Méjico, Montevideo, Santiago, Buenos Aires, junto a otras ciudades como La Plata, Rosario y Córdoba, fueron alternativa y a veces simultáneamente refugio de exiliados.⁶⁶ Si bien existen datos sumamente dispersos sobre la existencia y funcionamiento de los grupos de exiliados latinoamericanos en la Argentina de los años treinta, puede reconstruirse parcialmente la existencia de por lo menos cuatro grupos que mantuvieron contactos con *Claridad*.

El primero de ellos es el núcleo peruano, ligado al Apra, que tuvo estrechos contactos tanto con el Partido Socialista como con la Unión Cívica Radical, y una activa participación en la Unión Latinoamericana y en la vida universitaria, llegando uno de sus dirigentes a ser el primer presidente extranjero de la Federación Universitaria de La Plata.⁶⁷ En segundo lugar, se cuenta un conjunto de militantes bolivianos, que llegó a constituir la Unión Boliviana de Exiliados, vinculados a Tristán Marof, y al Partido Obrero Revolucionario.⁶⁸ A ellos se agregaron, después del golpe de Terra de 1933, los uruguayos, entre otros Emilio Frugoni; y un grupo de brasileños que se refugió en Buenos Aires después del fracaso de Prestes en 1935.⁶⁹ Tanto el núcleo peruano como el boliviano, cuyas presencias fueron más prolongadas, tuvieron relaciones permanentes con la militancia de izquierda y constituyeron, para *Claridad*, la voz de sus respectivos países.⁷⁰

A las redes establecidas desde la militancia universitaria, y a la circulación de intelectuales por

⁶⁶ Véase, por ejemplo, el comentario de Giudici sobre la presencia de exiliados latinoamericanos en Montevideo, donde escribe, en 1931, *Ha muerto el Dictador pero no la dictadura*, Buenos Aires, 1932, pp. 84-85. Muchos años después sostendrá que “muchas de las conversaciones con chilenos, bolivianos, peruanos [exiliados] en Montevideo continuaron luego en Buenos Aires y específicamente en la casa de *Claridad*”, Cf. *Todo es Historia*, citado, p. 29.

⁶⁷ Luis Heysen fue el presidente de la Federación Universitaria de la Plata, en 1926. En la década del veinte fundó el Comité Pro Libertades Españolas, en protesta por la prisión de Miguel de Unamuno, Luis Jiménez de Azúa y Ortega y Gasset; colaboró en La Unión Latinoamericana, de Buenos Aires y en la Asociación Amigos de Rusia, de La Plata. Durante la prisión de Haya de la Torre, en 1932, fue el Secretario General del Partido Aprista Peruano. Véase “Contraluces de un hombre de fe y acción”, *Claridad*, N. 324, ABR, 1938. Entre el núcleo de exiliados peruanos, que llegaron por primera vez a Buenos Aires en 1925 se encontraban Heysen, Manuel Seoane, Enrique Cornejo Koster, Oscar Herrera. Junto a ellos estuvo en Buenos Aires Eudocio Ravines, antes de su ingreso al Partido Comunista. En sus memorias, Ravines destaca la presencia de exiliados brasileños, bolivianos, peruanos y “algún chileno”, en la pensión donde se alojaba, cf. *La Gran Estafa*, México, Libros y Revistas, 1952, pp. 84-89.

⁶⁸ Junto a Marof estuvieron en la Argentina, Julio Dakumbre, Ismael Franco, José Moscozo y Luis de los Lagos, quienes desde el trotskismo mantuvieron un duro enfrentamiento con el Partido Comunista. Véase, entre otros “Un caso de infamia”, *Claridad* N. 311, MAR. 1937 a raíz de una denuncia de Gregorio Bermann contra Marof en el Comité De Ayuda al Pueblo Español; y en el mismo número el artículo de Dakumbre “Los Asesinatos del otro Imperialismo”, denunciando la política de la Unión Soviética.

⁶⁹ Véase *Claridad* N.320, DIC. 1937.

⁷⁰ *Claridad* editó los libros de Marof —*La tragedia del Altiplano* y *México de frente y de perfil*—, publicó números artículos del escritor boliviano en la revista y le dedicó un número en 1930. Cf. *Claridad* N. 212, AGO, 9, 1930.

distintos países del continente, cabe agregar la participación en tareas colectivas, tales como la organización de congresos o la creación de comités. Entre otros cabe mencionar el Congreso Continental Antiguerrero de Montevideo, el Congreso Juvenil Contra el Fascismo y la Guerra, el Comité Pro Amnistía de Presos y Exiliados Políticos en América, la Conferencia Pro Paz y el Congreso de Estudiantes de Izquierda.

Así, *Claridad* reiterará en los años treinta, aunque con mayor sistematización e insistencia, una actitud latinoamericanista que no era nueva en su tradición: al menos en el plano de los circuitos intelectuales y los contactos políticos, ella estaba presente en la práctica de la izquierda argentina, aunque las estructuras partidarias no la asumieran plenamente.⁷¹ La revista insiste en proclamar, entonces, que su ámbito de acción política es América Latina; en la percepción que *Claridad* tiene de sí misma, se imagina como la publicación que “abrió nuevos rumbos a la inquietud continental que ya se hacía presente, a la que ofreció una tribuna incontaminada, no comercializada y firme en su orientación pacifista por excelencia, laica, revolucionaria y de corte ecléctico”.⁷²

Más allá de que efectivamente *Claridad* fuera lo que creía ser, ese objetivo revela la presencia de algunas actitudes ideológicas de las que la reiterada suposición de una izquierda ajena a las preocupaciones continentales y aún a las tradiciones que no fueran “ilustradas”, no logra dar cuenta. Esos aires latinoamericanos parecen haber constituido una parte tan importante del pensamiento de *Claridad* que ni siquiera el ya mencionado acercamiento a Roosevelt logró hacer desaparecer.

Dentro de esta amplia red de circuitos y referentes ideológicos que encuentran expresión en *Claridad*, el Apra ocupa un lugar privilegiado, acercando a la publicación de Zamora a aquellas que, como *Repertorio Americano*, fueron vehículo de difusión del aprismo en América Latina.⁷³ Esta presencia se manifiesta de diferentes maneras; una de ellas es el peso del núcleo de colaboradores de filiación aprista dentro de la revista, entre quienes figuraron Andrés Townsend Ezcurra, Manuel Seoane, Luis Heysen,

⁷¹ Una común preocupación por lo latinoamericano se registró en la revista *Nosotros*, dirigida por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, en cuyas oficinas se celebraron las reuniones que condujeron a la formación de la Unión Latinoamericana. Véase Leticia Prislei “Nosotros. Revista de Letras, Arte, Filosofía y Ciencias Sociales” en *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, Fundación Biblioteca Ayacucho (en prensa). Biagini, destaca a su vez el problema de la integración latinoamericana y el fenómeno imperialista como cuestiones claves que figuraron en la *Revista de Filosofía*, dirigida por Ingenieros, donde escribieron entre otros, Mariátegui, Vasconcelos, Zum Felde, Henríquez Ureña, Varona y Molina. Cf Hugo Edgardo Biagini, Elena Ardissonne y Raúl Sassi (Estudio e Índices Análíticos), *“La Revista de Filosofía” Cultura Ciencias y Educación (1915-1929)*, Bs. As., Academia Nacional de Ciencias, 1984.

⁷² Cf. *Claridad* N.322, FEB 1938.

⁷³ *Repertorio Americano*, era un semanario de amplia difusión continental que Joaquín García Monge dirigía en Costa Rica.

Magda Portal, Serafín Delmar y su hermano Julián Petrovick, Enrique Kornejo Coster, Luis Alberto Sánchez, Antenor Orrego, Carlos Manuel Cox, Manuel Vásquez Díaz y el argentino Alberto Faleroni. Dos de ellos, por otra parte, fueron miembros del Comité de Redacción de *Claridad*: Manuel Seoane y Luis Heysen, ambos exiliados en la Argentina.⁷⁴

Este contacto asiduo se tradujo en la revista en la aparición frecuente de secciones como “Información oficial del Apra”, en la que se publicaba la información que enviaba a la Redacción el Comité Aprista en Buenos Aires, y que también apareció bajo los títulos de “Información Oficial del Partido Aprista Peruano” o “Comunicados del Comité Aprista de Buenos Aires”; junto a ellas se editaron también las secciones “Palabras de un combatiente por la libertad de su país” y “Episodios de la lucha aprista”. Si a esta presencia sumamos la publicación de artículos de Haya de la Torre, algunos de ellos inéditos, podemos afirmar que las figuras de mayor peso intelectual y político del Apra escribieron en *Claridad*.

Junto a la inclusión de secciones destinadas a informar las actividades del Apra en distintos países, y la difusión de artículos doctrinarios, *Claridad* dedicó números de la revista a dirigentes e intelectuales apristas como Haya de la Torre, Magda Portal, Heysen, Ciro Alegría o Seoane, y emprendió campañas de apoyo a la candidatura de Haya en 1931, y de denuncia de la situación de los presos políticos en Perú. Esta última actitud motivó la prohibición de su distribución en ese país, e incluso una denuncia del embajador peruano en la Argentina.⁷⁵ La editorial *Claridad*, por su parte, publicó, entre otros: *Impresiones de la Inglaterra imperialista y de la Rusia soviética* (1932) y *Construyendo el Aprismo* (1933), de Haya de la Torre, y *Su vida y su obra*, de Magda Portal

Resulta importante destacar, asimismo, que las colaboraciones escritas por los apristas, si bien tuvieron como tema privilegiado el de la situación peruana, y como objetivo la difusión de los principios del P.A.P., abarcaron cuestiones mucho más amplias. Resulta habitual, por lo tanto, que artículos sobre Panamá, Cuba, la Guerra del Chaco, el conflicto por Leticia, o Méjico, y también trabajos más generales sobre América Latina, fueran escritos por apristas. Buena parte de la información que suministra la revista

⁷⁴ Zamora en su entrevista con Corbiere afirmó que estuvieron especialmente vinculados a la editorial Haya de la Torre, Magda Portal y Manuel Seoane. En los años treinta, mientras estuvo en Buenos Aires, Heysen trabajó en la redacción de *Claridad*, véase *Claridad* N.205, ABR,26, 1930 y N.217, OCT,25, 1930. Seoane fue secretario general del Comité Aprista Peruano de Buenos Aires, luego de su reorganización en 1934, cargo que desempeñó también mientras funcionó como Célula de Buenos Aires, sección peruana del Apra. cf. *Claridad* N. 155, 1928 y N.295 NOV, 1935.

⁷⁵ El embajador peruano solicitó el procesamiento de Zamora, en 1938, después de la publicación de un número dedicado a Haya de la Torre y Heysen, en el que se denunciaba la situación de los presos políticos en Perú y se transcribía información del periódico “clandestino” Hechos. Cf. *Claridad* N.324, ABR 19 38 y N.326-327- JUN. Jul 1938. Parte de la información fue redactada por Townsend Ezcurrea.

sobre la situación americana, y de las posiciones asumidas frente a ella, aparece mediada por esta presencia: en el discurso latinoamericanista de *Claridad*, los ecos de las posiciones apristas resuenan, entonces, con particular fuerza.

El reconocimiento de los dirigentes del Apra a *Claridad* se reiteró, por su parte, en diferentes ocasiones; en 1930, por ejemplo, en carta a Antonio Zamora, Haya de la Torre señaló:

Debemos los apristas peruanos a *Claridad* nuestro fraternal testimonio de gratitud. Usted y el grupo generoso que sostiene valientemente esa revista —que hay que llamar con justicia una de las más auténticas expresiones de pensamiento izquierdista latinoamericano—, nos ha brindado un magnífico espaldarazo, justamente cuando nuestra lucha se hace más intensa en el Perú y cuando más necesitamos del apoyo moral de los espíritus libres de nuestra América. Me refiero al número 214 que, ya me lo dicen las noticias, ha sido jubilosamente recibido por los trabajadores manuales e intelectuales que integran nuestras filas en el Perú.⁷⁶

A su vez, el apoyo, e incluso la identificación de *Claridad* con los militantes peruanos solía hacerse explícito. Para la dirección, la juventud peruana agrupada en torno al Apra constituía la avanzada en las luchas por las libertades en América y el ejemplo para la acción revolucionaria. Así, a fines de 1932, al publicar la nómina del Comité Ejecutivo Nacional del P.A.P, la redacción sostendrá:

Claridad, que es tribuna de auténtico izquierdismo revolucionario y tribuna libre, no puede, al insertar esta nómina dejar de traducir los sentimientos más nobles de su solidaridad para con los compañeros que en el Perú se han impuesto el sacrificado deber de mantener en alto los pendones del anti-imperialismo continental y al mismo tiempo, la responsabilidad de permanecer al lado del pueblo oprimido y tiranizado por los civilistas peruanos [...] Era hora de que en nuestro ambiente empezaran a darse verdaderas lecciones revolucionarias. Estamos cansados de los espasmos inflamados y de la grito anti-imperialista. De modo que, admirando el ejemplo de los luchadores cuyo nombre *CLARIDAD* relieva [sic], hacemos votos para que sus esfuerzos terminen con la victoria de la Justicia Social.⁷⁷

⁷⁶ Cf. *Claridad* n. 219-1930

⁷⁷ Cf. *Claridad* N.257 NOV.12, 1932, entre muchos otros ejemplos de apoyo.

Debe recordarse que, como hemos señalado, las relaciones entre la izquierda argentina y los militantes peruanos eran estrechas desde los años veinte, y se habían asentado en una actividad conjunta, particularmente con Ingenieros, Palacios y Korn, en la Unión Latinoamericana, contando con el respaldo de Ugarte. A principios de los años treinta eran también fluidas con el Partido Socialista, y en particular con la Confederación Juvenil Socialista; así, Heysen participó de la Asamblea contra el Imperialismo que organizó la Confederación Juvenil en la Casa del Pueblo, dictó conferencias en el Ateneo Claridad, y Manuel Seoane fue homenajeado por la juventud socialista antes de su partida.⁷⁸

Junto a estas actividades organizativas conjuntas, los militantes argentinos percibían cierta comunidad ideológica que se expresaba en la coincidencia de naturaleza y objetivos. Así, para Saúl Bagú, el Apra era “el partido político peruano que ejerce la función que desempeña en la Argentina el Partido Socialista”.⁷⁹

Los inicios de la década parecen ser, de este modo, el escenario de una atención hacia el Apra bastante generalizada en la izquierda argentina, que no excluía la convicción de la proximidad —si no de la comunidad— ideológica. A sostener esa actitud contribuía, en estos intelectuales, el “prestigio académico” que rodeaba a Haya de la Torre, asentado en la opinión de Romain Rolland,⁸⁰ en sus estudios en Londres y Oxford, con Laski, Malinovski, Gregory y Marett, y en la difusión de sus trabajos en revistas internacionales. En el plano estrictamente político, no sólo los debates mantenidos en ocasión del Congreso Antimperialista de Bruselas, sino —y fundamentalmente— la organización de una fuerza popular en el Perú, hacían de Haya una figura particularmente importante en estos ámbitos.

El Aprismo lograba así conciliar el prestigio intelectual de su máximo dirigente, cuyos antecedentes académicos se apuntaban cuidadosamente en las ediciones de sus libros, con un modelo de activista revolucionario de estirpe leninista. Ese modelo de activista fue reiteradamente exaltado por los militantes peruanos en sus polémicas con los comunistas, en un momento en que también desde la izquierda del Partido Socialista —mientras se daba por clausurado el ciclo justista—, se hacía hincapié en la necesidad de un Lenin americano. Para aquellos, que como Faleroni, ingresaron en la Argentina al Apra, Haya de la Torre era ese Lenin.⁸¹

⁷⁸ Véase, por ejemplo, la carta que envía desde Niza en 1930, Manuel Ugarte a Luis Heysen, después de la caída de Leguía; y la carta de apoyo enviada por Palacios, Cf. Claridad N. 216, OCT. II, 1930, N.209, JUN 28, 1930; N. 214, SET.30, 1930; N.218, NOV. 8, 1930.

⁷⁹ Cf. Claridad, N. 253, SET 10, 1932.

⁸⁰ El primer libro de Haya de la Torre Por la Emancipación de América Latina, fue publicado en Buenos Aires, en 1927, lo precede una carta de Romain Rolland.

⁸¹ Cf. Alberto Faleroni “Dos palabras sobre Luis Heysen”, en Claridad, N. 324, ABR.1938.

La influencia de P.A.P en la izquierda no comunista argentina, sin embargo, parece cerrarse hacia el filo de la primera mitad de la década; en el caso de *Claridad*, con motivo de la polémica que sostuvieron Benito Marianetti y Manuel Seoane sobre el imperialismo, la Dirección, en enero de 1936, luego de destacar la importancia trascendental de los problemas que se abordaban en la misma, aclaró, distanciándose de la afirmación efectuada por Bagú, cuatro años antes:

El Aprismo utiliza la dialéctica marxista para enfocar algunos problemas que son característicos del país donde ha nacido y logrado un formidable desarrollo, pero no puede ser ni la solución definitiva del problema social del Perú ni tampoco podrá lograr en otros países el arraigo que allí ha conquistado. En aquel país constituye una etapa dentro de su evolución política y su arraigo se debe al acierto con que ha sido fundado y dirigido el movimiento. Nosotros no creemos que la solución de los problemas del continente pueda estar en el Aprismo, pero estimamos que él es hoy el movimiento más positivo y que cuenta con el material humano suficiente como para hacer surgir el ideal socialista a la etapa superior de su evolución.⁸²

II.2. El antimperialismo y los diagnósticos sobre América Latina

Desde la aparición de la revista hasta por lo menos mediados de la década del treinta, el antimperialismo es el eje que articula la prédica de *Claridad*, y desde ya, aquella presencia aprista y los debates con otros grupos sobre el tema no resultan ajenos a esta circunstancia. La política de expansión económica norteamericana, la rivalidad entre Gran Bretaña y Estados Unidos por el control económico del continente y la agresiva política militar de Norteamérica eran, para los hombres de *Claridad* realidades tan evidentes que no necesitaban discutirse.⁸³ Para la revista, formar parte de la izquierda, a principios de los años treinta, obligaba a asumir una actitud de denuncia del imperialismo, cuya presencia moldeaba, y aún determinaba, la existencia de otras características de la situación latinoamericana: el

⁸² Cf. *Claridad* N. 297, ENE. 1936. La polémica se publicó entre los números 296, DIC.1935 y 302, JUN 1936 e incluyó una réplica de Juan Mereal a Marianetti.

⁸³ La política de intervención armada directa en América Central y el Caribe fue modificada por Estados Unidos durante la presidencia de F. D. Roosevelt; el impacto de la "Buena Vecindad" sobre la izquierda, será analizada en el apartado III.

atraso, la dictadura, la guerra.

El antimperialismo que encontró eco en las páginas de *Claridad* presentaba una doble matriz: por un lado, aquella que, albergando diversas perspectivas ideológicas, se organizó alrededor de la denuncia de la política intervencionista que Estados Unidos sostuvo en América Central y el Caribe, a partir de la guerra con España.⁸⁴ Por otro, aquella que tenía en su centro a los autores marxistas, en particular, a Lenin y Bujarin, difundidos a partir de 1917.⁸⁵

Así, las intervenciones de principios de siglo habían generado los distintos discursos antinorteamericanos, aglutinándolos luego, y permitiendo su cruce con los análisis económicos de estirpe marxista después de la Revolución de Octubre. Quizás la máxima expresión de estos cruces se halle en la oposición a la invasión a Nicaragua, en 1927: en esa ocasión, la crítica ejercitada desde un punto de partida que asumía el análisis del imperialismo en clave económica todavía se enlazaba con la más antigua condena en términos éticos. Hemos evitado, sin embargo, la identificación del antimperialismo de denuncia con el “espiritualismo”, por considerar que simplifica la complejidad de discursos emitidos desde matrices teóricas diversas, algunas de ellas positivistas. Por otra parte, estas mismas tradiciones fueron modificándose en los años inmediatamente posteriores a la primera posguerra; en Argentina, por ejemplo, la experiencia de la Unión Latinoamericana —como afirma Portantiero—, difícilmente pueda asimilarse al “arielismo”.⁸⁶

En el caso de *Claridad*, debe señalarse que la publicación siguió con atención los trabajos, de diversa envergadura, que se publicaban sobre el imperialismo. En una selección en la que los “militantes” se imponen a los “teóricos”, los escritos de Haya de la Torre, de Cox, Ghirardo, Marof, de los españoles Araquistain y Godoy Urrutia, se unían a los ya conocidos de Palacios, Ingenieros, Ugarte, y empalmaban con una enorme cantidad de artículos destinados a informar y denunciar la situación de los distintos países de América como consecuencia de la política imperialista. A través de la difusión de estos textos, y de las polémicas que aparecieron en sus páginas, *Claridad* se transformó en un vehículo de circulación de los debates que tenían lugar en la izquierda sobre estos temas.

En este contexto, son las discusiones entre la III Internacional y el Apra las que dan el tono a las

⁸⁴ Sobre los discursos antimperialistas generados desde la Guerra Hispano-norteamericana hasta la Primera Guerra Mundial, véase Oscar Terán *En busca de la ideología argentina*, Bs. As., Catálogos, 1986, pp. 85-97. Terán destaca como un elemento común de los mismos la protesta ante el expansionismo estadounidense y como factor dominante, pero no exclusivo, la contrapropuesta defensiva de la unidad latinoamericana.

⁸⁵ Nos referimos especialmente a *Economía Mundial* de Bujarin y a *Imperialismo, fase superior del Capitalismo* de Lenin.

⁸⁶ Cf. Portantiero, *ob. cit.*, pp.72-73.

polémicas en los treinta, en un escenario caracterizado por la difusión de del leninismo.⁸⁷ Los enfrentamientos entre apristas y cominterianos se agudizaron en la primera mitad del decenio, hasta el cambio de táctica de la Internacional Comunista hacia la constitución de frentes populares, pero ellos estuvieron más centrados en la cuestión de lo que hoy denominaríamos “hegemonía” en el interior del bloque revolucionario que en diagnósticos diversos sobre la situación del continente. No es nuestra intención restar trascendencia a las polémicas que tuvieron lugar en la segunda mitad de la década del veinte, particularmente entre Haya de la Torre y Mella, y luego entre Haya y Mariátegui; sería importante, sin embargo, contextualizarlas, y destacar, sobre todo en el segundo caso, el carácter inicialmente político de una discusión en torno a la toma del poder, a la que luego se agregaron los elementos teóricos. Resultan conocidas, por otra parte, las diferencias entre Mariátegui y el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista como para insistir en ellas.⁸⁸ En el caso de la posición de Mella en el Congreso de Bruselas de 1927, a su vez, ortodoxia o heterodoxia son términos poco apropiados en momentos en que la Internacional Comunista aún no había concluido su “descubrimiento de América”.⁸⁹

Desde una perspectiva que atienda al análisis teórico que estos grupos desarrollaban acerca de la realidad de América Latina, —diluida inicialmente dentro de la más amplia cuestión colonial—, puede afirmarse que tanto los debates del II y del V Congreso de la Internacional Comunista (1920 y 1924), como los informes ya específicos elaborados para el VI Congreso de 1928, y el “Proyecto de Tesis sobre América Latina” (que el Comité Ejecutivo envió para ser discutido en la Primera Reunión de Comunistas Latinoamericanos, celebrada en Buenos Aires, en 1929), contribuyeron a formar un patrimonio teórico común. Así, comenzaron a circular y a ser debatidas las nociones de países semicoloniales y dependientes, y la caracterización de la etapa de la revolución que había de encararse como agraria y antimperialista.

Y si bien, como afirma Aricó, los trabajos de Haya de la Torre, *Por la emancipación de América Latina* (1927) y *El Antimperialismo y el Apra* (1936, aunque redactado sustancialmente en 1928), representaron una reelaboración de las tesis sobre la cuestión colonial que surgieron del II Congreso del

⁸⁷ Aricó destaca que el marxismo-leninismo, a partir de los años veinte y hasta la quiebra de la hegemonía comunista en la cultura de izquierda, fue la única “forma” del marxismo que se difundió en América; subraya de esta manera la filiación leninista de las agrupaciones de tipo nacional-revolucionarias, como el aprismo, que surgieron en las décadas de veinte y treinta. Cf. José Aricó, “El Marxismo en América Latina”, en *Opciones* N. 7, Santiago de Chile, Sept-Dic 1985, pp. 72-91.

⁸⁸ Véase al respecto José Aricó [selección y prólogo], *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Bs. As., Cuadernos de Pasado y Presente, [N.60], 1978.

⁸⁹ Este es la denominación que utiliza Caballero, haciéndose eco de la empleada por los propios dirigentes del Comintern, al referirse VI Congreso de 1928. Ver Manuel Caballero, *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1987; pp. 107 y ss.

Comintern en 1920,⁹⁰ cuatro años después, cuando la III Internacional extendió la política del frente unido a las colonias, tomando como modelo la alianza con el Kuomintang, y se funda el Apra, las estrategias para la toma del poder no se plantean aún divergentes. Evidentemente, el viraje hacia una táctica de clase contra clase, en 1928, implicaba un abandono de la línea frentista previa. Sin embargo, tanto en el informe preparado por Humbert Droz para el VI Congreso, como el Proyecto de Tesis para América Latina, que el Comité Ejecutivo envió para ser discutido en la Reunión de Buenos Aires de 1929, el movimiento revolucionario fue caracterizado como “del tipo democrático-burgués en países semicoloniales donde domina el problema agrario y antimperialista”.⁹¹ Esta misma posición fue sostenida por Codovilla, en la conferencia de Buenos Aires.⁹²

Ciertamente, el problema de la hegemonía en el bloque que debía encarar la revolución constituía el punto central de discusión, y junto a él, la duración de esta etapa de transición hacia otra plenamente socialista. Nos interesa, sin embargo, plantear dos observaciones para los propósitos de nuestro trabajo. La primera de ellas, es la inestabilidad de las líneas que los partidos que protagonizaban los debates exhibían. Así, el PC, simultánea y contradictoriamente, denunciaba al “social fascismo” y reclamaba frentes con la clase media; el Apra, por su parte, readaptaba sus principios. Esta situación se tradujo, en las páginas de *Claridad*, en polémicas confusas donde todos apelaban a Marx, Engels o Lenin para descalificar al adversario, y, en el caso de los apristas, les permitían exhumar los documentos de la *Correspondencia Sudamericana* para rebatir al PC con sus propias “autoridades”.⁹³ Una vez más, la teoría parecía “venir después”.

La segunda observación apunta a subrayar, a pesar de lo anterior, la existencia de un alto grado de similitud entre los varios diagnósticos elaborados sobre la situación del continente. En ellos se destaca el registro del dominio del capital imperialista británico y norteamericano, la existencia de un conflicto de

⁹⁰ Ver Aricó, *El Marxismo Latinoamericano*, citado pp. 82-83.

⁹¹ Cf. Proyecto de tesis sobre el movimiento revolucionario de la América Latina, en *La Correspondance Internationale*, febrero de 1930. Según Caballero, la propuesta elaborada por el bujarinista Jules Humberto Droz para América Latina, fue resistida porque sus consignas podían ser confundidas con las del Apra. Ver Caballero, *ob. cit.*, p. 146.

⁹² Para Lowy, la convivencia en el informe de Codovilla del concepto de social-fascismo con el de revolución democrático-burguesa, en una época de viraje hacia la ofensiva revolucionaria, respondía a que Codovilla había comprendido que la revolución por etapas iba a ser en adelante el fundamento de la estrategia del Comintern, independientemente de los virajes tácticos hacia derecha o izquierda. En síntesis, se había adelantado a la política de frente popular fijada en 1934-1935. Cf. Lowy, *ob. cit.*, p. 24.

⁹³ Véase por ejemplo “El comunismo criollo y el Apra”, publicado en *Claridad* N.220, DIC.13, 1930, donde se cuestiona el ataque a la clase media y a los intelectuales, citando a Lenin y Trotsky, y a “El movimiento Revolucionario latinoamericano”, editado por la *Correspondencia Sudamericana*, donde se daban a conocer los informes de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires.

intereses entre ambos imperialismos, la debilidad de las burguesías nacionales y la coexistencia de modos de producción capitalistas y precapitalistas. América Latina, a ojos de esta izquierda, presentaba toda una serie de sistemas económicos superpuestos, que iban desde los más arcaicos hasta los organizados alrededor de la empresa americana moderna. Tales sistemas, en esta lectura, se modifican mutuamente y hasta se combinan, pero constituyen, en todos los casos, herramientas del imperialismo para la mejor explotación de las masas.⁹⁴

La apropiación, por parte de la izquierda del Partido Socialista argentino, de los diagnósticos sobre la situación de América Latina forjados en estas controversias entre comunistas y apristas, es frecuente. Así, en 1934, al analizar la posición del Partido Socialista frente a la realidad política y económica, Emanuel Suda afirmará:

[...] nosotros encaramos una revolución agraria-anti imperialista. Nuestro proletariado es con preferencia agrícola, y aún el industrial ejerce funciones subsidiarias de las actividades rurales. El centro de gravedad de la acción socialista argentina está, pues, en el campo y nuestra revolución será agraria. Junto a ella hay solamente otro asunto que condiciona con igual potencialidad el proceso de aguda transformación social. Este asunto es la lucha antiimperialista [...] no hay lucha contra la burguesía indígena y contra los gobiernos de la burguesía indígena si no se agita al mismo tiempo-las más de las veces con preferencia-contra el imperialismo de todos los colores que apuntala a los gobiernos de la clase explotadora criolla. De qué vale hablar de los problemas del Sur patagónico cuando el imperialismo británico constituye allí un estado dentro del estado. Quedamos, pues, en que no hay acción socialista eficaz ni hay liberación de la clase productora argentina sin una enérgica y apasionada lucha antiimperialista.⁹⁵

Lo que apuntamos a destacar es la existencia de un sistema de ideas común, no exento de falta de precisión en la utilización de categorías, pero que permitía que aquellos que se autoinstalaban en el marxismo coincidieran en la definición de la revolución como agraria-antimperialista y, en la caracterización de los países americanos como dependientes.⁹⁶ En el marco de aquel esquema

⁹⁴ Ver, por ejemplo, el "Proyecto de tesis sobre el movimiento revolucionario de la América Latina", en La Correspondance Internationale, febrero de 1930.

⁹⁵ Cf. Claridad N.279, JUL.1934.

⁹⁶ La categoría de países dependientes fue utilizada por Ricardo Paredes, representante de los Partidos Socialista y Comunista de Ecuador, en el VI Congreso de la Internacional Comunista en 1928, Cf. Caballero, ob. cit., pp. 116-117. Esta categoría junto a la de países coloniales o semicoloniales circulaba en las páginas de Claridad.

interpretativo compartido, se producían, sin embargo, algunas tensiones. Los grupos ajenos al PC solían, por ejemplo, reclamar a los miembros de la III Internacional que diferenciaron el camino de América del europeo, e insistían en la necesidad de buscar una vía propia que tuviera en cuenta la especificidad del caso americano, asentada en la importancia otorgada a la cuestión campesina y nacional.⁹⁷

Junto a la centralidad otorgada en su análisis al problema del imperialismo, se ubica la creencia firme de estos grupos en la existencia de la lucha interimperialista, tal como señalamos. El reconocimiento de la presencia de dos imperialismos en América Latina, el británico y el norteamericano, a los que a mediados de los treinta se incorporarán los neo-imperialismos fascistas, forma parte de este mundo de ideas; el peso de la campaña antinorteamericana, sin embargo, llevó entre otros a Haya de la Torre a precisar su posición ante las acusaciones de servir a Inglaterra atacando a Estados Unidos.⁹⁸ En este contexto, la guerra del Chaco fue leída no sólo como el enfrentamiento entre dos potencias por el control del petróleo en el continente, sino como el comienzo de una guerra destinada a extenderse:

El choque entre fuerzas bolivianas y paraguayas en el desierto chaqueño no será más que un pretexto para encender las pasiones que alimentan la nueva carnicería que necesitan los fabricantes de municiones, fusiles, ametralladoras y cañones, los astilleros y las fábricas de aeroplanos y aviones. [...] Bolivia y el Paraguay se trenzarán en guerra y después intervendrán el Uruguay, Brasil, Chile, Perú y la Argentina. Así se movilizarán todos los cachivaches almacenados en los arsenales y cuarteles.⁹⁹

La guerra era así atribuida a un enfrentamiento entre Inglaterra y Estados Unidos por “la intervención hegemónica en el desenvolvimiento económico y financiero de los diferentes pueblos”, que le permitiera a uno de ellos “apuntalar la resquebrajada estructura capitalista”. Los sectores dominantes internos —simples agentes de esos intereses— tendrían a su vez el objetivo de afianzar su posición como

⁹⁷ Véase la crítica que efectúa Carlos Moog al Manifiesto de Rosario por “enarbolar la lucha proletaria”, y en el mismo número, en una posición enfrentada, el artículo de Alonso Quijano Orué; *Claridad*, N.273, ENE. 1934.

⁹⁸ Ver Haya de la Torre, *Impresiones de la Inglaterra Imperialista y la Rusia soviética*, Buenos Aires, Claridad, 1932, pp. 11-12.

⁹⁹ Cf. Zamora “Al margen de la violencia”, *Claridad*, N.199, ENE.25, 1930. Véase también, entre otras muchas notas editoriales que se refieren al Chaco, “La guerra se avecina” (23-7-32, N.250), “La reacción en América” (12-8-32, N. 251) y “Avanzadas” (12-12-32, N.257); el manifiesto de “Comité Nacional contra la Guerra Imperialista”, publicado en el N. 259, DIC,10, 1932, y las informaciones aparecidas sobre el Congreso Antigüerrero que se convocó en febrero de 1933, en Montevideo, en *Claridad*, N.262, FEB. 25, 1933.

clase gobernante.¹⁰⁰

Estas lecturas del conflicto del Chaco evidenciaron, a su vez, el peso de la tradición antibelicista de la primera posguerra, en particular de la francesa, en los hombres de *Claridad*. Las imágenes de una guerra particularmente violenta hacia “los pobres”, sangrienta al extremo y miserable están presentes en las interpretaciones del enfrentamiento y conviven con la idea de revolución, en el viejo anhelo expresado en la opinión que señala que “si la guerra ha de traer la revolución, que ésta impida que aquella destruya nuestros pueblos”.¹⁰¹

La guerra de entre Paraguay y Bolivia, permitió, asimismo, que la izquierda conectara estrechamente dos batallas que entendía cruciales: la que se libraba contra el antimperialismo y la batalla antifascista. Frente a la convocatoria que Barbusse realizó en 1934 a los intelectuales americanos para luchar contra el fascismo, en el manifiesto que firmaron en la Argentina, entre otros, Antonio Zamora, César Tiempo, Gregorio Aráoz Alfaro, Elías Castelnuovo, junto a Ponce, Ernesto Giudici, Gregorio Berman, Saúl Taborda, se afirmó:

El grado de desenvolvimiento capitalista que condiciona las trayectorias del fascismo en los grandes países industriales (monopolio financiero, trustificación industrial), no existe en la Argentina, sino como una actividad del imperialismo. La conquista de esos monopolios es lo que agudiza la lucha de las finanzas extranjeras, que están tratando de eliminarse mutuamente apelando para ello hasta de la guerra, como lo demuestra la cruenta carnicería del Chaco Boreal. El imperialismo que consiga el predominio nacional absoluto utilizará para asegurarlo el régimen fascista.¹⁰²

Ciertamente, en la segunda mitad de la década se abandonará esta asociación entre imperialismo y fascismo; sin embargo, el peso de la tradición antimperialista en la izquierda, a comienzos del decenio, es indudable. Por otra parte, esa tradición compartía con el viejo antimperialismo ético la noción de que existía un destino común latinoamericano; a ella se agregaba ahora la convicción de la debilidad de todo movimiento revolucionario que no tuviera una base continental.

¹⁰⁰ Véase “Alrededor del Congreso Antigüerrero Latinoamericano”, en *Claridad*, N. 262, FEB, 25, 1933.

¹⁰¹ Cf. *Claridad*, N 250, JUL. 23, 1932.

¹⁰² Cf. *Claridad* N. 279, JUL.34.

III. DEL ANTIMPERIALISMO A LA DEMOCRACIA ROOSEVELTIANA: EL DILEMA DE LA IZQUIERDA

En el curso de los años treinta, el Departamento de Estado Norteamericano modificó sustancialmente su actitud hacia América Latina, en el marco de lo que se conoció como Política de Buena Vecindad. En el período que se extiende entre 1933 y 1936, ella se expresó a través de la aprobación del principio de no intervención, del retiro de los infantes de marina de Haití, y de la abrogación de la enmienda Platt.¹⁰³ Quedaba entonces suspendida, a los todavía suspicaces ojos del “antiyanquismo” latinoamericano, una de las políticas que lo habían incitando a nacer, y una de las de mayor peso como símbolo del fenómeno imperialista.

En este contexto debe ubicarse el impacto de la figura de Roosevelt en buena parte de los grupos argentinos que venimos analizando, en la segunda mitad del decenio de 1930. Su valoración estuvo asociada no sólo a la señalada modificación de la política exterior, sino también a los balances que se efectuaban sobre el New Deal como un programa económico relativamente exitoso para superar la crisis. Desde una perspectiva política, el modelo rooseveltiano pasó a convertirse en una opción posible para varios sectores, no sólo de la izquierda, que ensayaban una interpretación del programa, que lo convertía en una reforma democrática, antimonopólica y popular del capitalismo. Desde ya, hubo en cambio quienes lo entendieron como una alternativa crudamente capitalista a una hipotética convulsión social. Así, en el campo de la izquierda argentina, y en el de la latinoamericana en general, las posiciones asumidas ante Roosevelt y su política fueron desde la adhesión “doctrinaria” hasta la denuncia y el recelo antimperialista, incluyendo el apoyo táctico, como en el caso de los Partidos Comunistas.

En el primer caso, el proceso de recuperación de la figura de Roosevelt se realizó desde una perspectiva que privilegiaba la cuestión democrática, en una suerte de cierre —que por la época podía entenderse provisorio— del debate que se había desplegado alrededor de la relación democracia-socialismo. Roosevelt era, para este sector de la izquierda, “el gran demócrata”, y la opción de esa hora era “democracia o fascismo”. De esa manera, la izquierda que recuperó a Roosevelt se alejaba del combate imaginado en el que se enfrentaban el socialismo y el capitalismo; el viejo sueño de lograr la

¹⁰³ La Política de Buena Vecindad fue expuesta inicialmente por el presidente Hoover, sin embargo, las medidas destinadas a “convencer” a los latinoamericanos que Estados Unidos modificaría su política exterior comenzaron a implementarse, con el triunfo de Roosevelt, en 1933. La opinión pública latinoamericana asoció así, estrechamente, la Buena Vecindad a la figura de Roosevelt. Las primeras medidas que produjeron cierto efecto en el continente fueron la aprobación en la VII Conferencia Panamericana, celebrada en Montevideo, en 1933, del principio de no intervención y la aprobación del Proyecto de Reciprocidad Comercial.

construcción de la sociedad sin clases, el objetivo que permanecía fuera de toda discusión por detrás de los debates sobre los métodos pacíficos o violentos, fue, entonces, postergado.

En las páginas de *Claridad* es posible rastrear no sólo ese gradual acercamiento de parte de la izquierda a Roosevelt, sino también las dificultades e incertidumbres que provocaba tal operación, así como las diversas lecturas, en muchos casos enfrentadas, que se realizaban sobre el modelo norteamericano. Ya en octubre de 1933, una entrevista efectuada al escritor norteamericano John Dos Passos,¹⁰⁴ ponía en evidencia el interés por develar qué significaba el New Deal. La opinión de Dos Passos resulta similar a la de algunos sectores de la izquierda latinoamericana: Roosevelt es presentado como alguien que copia los métodos socialistas, pero con fines opuestos.

Apenas dos meses después, Giudici (quien aún militaba en el Partido Socialista), advertirá sobre la estrecha conexión entre la crisis del capitalismo, el plan de recuperación industrial norteamericano y la política panamericana de los Estados Unidos. Varios elementos de este análisis merecen destacarse: la idea de que se está asistiendo a la crisis final del capitalismo; la economía dirigida entendida como una etapa pre-fascista, a pesar de la vigencia de la democracia; la política hacia América Latina vista como un complemento de la NIRA para colocar capitales. Así, la nueva etapa de la “Buena Vecindad” anunciada por el Departamento de Estado estaría destinada a “inspirar confianza entre los bobos latinoamericanos y comprar a los pillos que hablaran en sus respectivos países, a los bobos, en el enternecedor lenguaje de la 'cordialidad americana', el 'arbitraje' y otras estupideces que parecen sacadas de viejos libros con cuentos para niños [...].”

Frente a esta amenaza, la respuesta debía ser “la lucha antiimperialista [...] orgánica y solidaria en todo el continente. Unificar las fuerzas revolucionarias para voltear a las burguesías nacionales en complicidad siempre con uno u otro imperialismo; nacionalizar sus riquezas, Bancos y transportes. Ir contra la propiedad privada del campo, la industria y la producción en general; colectivizar, socializar íntegramente”.¹⁰⁵

Con algunos matices, esta será la línea que sostendrá *Claridad* hasta 1936. Luego de la celebración de la VII Conferencia Panamericana, la primera que se convocaba después del triunfo de Roosevelt, el socialista Zamora afirmará en enero de 1934, por ejemplo:

Todo [...] demuestra que el destino de América está a merced del imperialismo anglosajón, que

¹⁰⁴ Cf. *Claridad* N. 270, Oct 1933

¹⁰⁵ Cf. *Claridad*, N. 272, DIC. 1933.

los pueblos del Nuevo Mundo están poco menos que sometidos al vasallaje del capitalismo extranjero y que los gobiernos que rigen sus destinos obran como agentes naturales de los gobiernos imperialistas. [...] el pueblo tiene que sacudir con el látigo de la revolución a sus verdugos para abrir el camino de la independencia política y económica en el más alto sentido social. Para llevar a cabo esta tarea, no hay otro camino que el camino señalado por el socialismo. Una revolución en un sólo país no puede tener resultados si no cuenta con el apoyo de sus vecinos.¹⁰⁶

La propuesta incluía la formación de una Confederación Socialista Americana, cuya creación debía partir del Partido Socialista argentino.

Entre 1933 y 1936, *Claridad* mantiene así su visión crítica de la política panamericana de los Estados Unidos; sin embargo, la presencia de múltiples artículos sobre la política interna norteamericana, independientemente de la opinión final a la que arriben, está evidenciando la existencia de aquel debate en la izquierda en torno al significado de los cambios económicos que proponía el modelo del gobierno norteamericano.¹⁰⁷ Esas discusiones pueden, razonablemente, suponerse alentadas por las que otros sectores ideológicos, en particular los vinculados al democratismo radical, sostenían sobre el mismo tema.¹⁰⁸

El cambio en la línea editorial se produce a fines de 1936, cuando Roosevelt vuelve a triunfar en las elecciones presidenciales; la reelección del candidato demócrata es interpretada como “una aplastante derrota infringida a la plutocracia yanqui y [...] una exaltación de la democracia, exhibiéndola como el instrumento más perfecto para la transformación económica, social y política de los pueblos”.¹⁰⁹

Este planteo representa sólo el preanuncio de la línea que adoptará la dirección de la revista en el número siguiente, aparecido mientras sesionaba en Buenos Aires la Conferencia para la Consolidación de la Paz, convocada por Roosevelt al concluir la guerra del Chaco. Continuando con su práctica habitual de dedicar el número de la revista a una personalidad, el de diciembre de 1936 está dedicado a Roosevelt,

¹⁰⁶ Cf. *Claridad* N.273, ENE. 1934; véase también *Claridad* N.272, DIC. 1933.

¹⁰⁷ En este período se publican varios artículos sobre el plan Roosevelt. Ver, entre otros, R. Aranda: “A dónde va la economía dirigida?” (N. 278, JUN. 1934); S. Libedinski: “Los curanderos del capitalismo” (N. 282, OCT. 1934); A. Muzzopappa: “Marx o Roosevelt” (N. 283, NOV. 1934); J. Lazarte: “Significado económico, político y social de la reforma de Roosevelt”(N. 289, MAY 1935). Sobre el panamericanismo véase la opinión sumamente crítica de Zamora, al convocarse la Conferencia Comercial de 1935, en *Claridad*, N. 290, JUN. 1935.

¹⁰⁸ Ver, por ejemplo, los números 7 a 15 de la revista radical *Hechos e Ideas*, que se publicó en Buenos Aires entre 1935 y 1941.

¹⁰⁹ Cf. A. Zamora, “Una lección ejemplar”, en *Claridad*, N.306-307, Oct. Nov 1936.

“el gran presidente de la República del Norte, que ha demostrado, con ejemplar consagración, su fe en la paz, la libertad y la democracia, señalando el camino para la independencia y el progreso de los pueblos de América”.¹¹⁰ La revista incluyó el discurso de Roosevelt ante la Conferencia, y en la nota editorial se analizaron las vías posibles para desarrollar la democracia, la libertad y la paz en el continente; significativamente la palabra socialismo está ausente. En el número siguiente, de enero de 1937, *Claridad* abandonará, como señalamos, su tradicional subtítulo de “Tribuna de Pensamiento Izquierdista” y se transformará en “Revista Americana de los Hombres Libres”.¹¹¹

Quizás sea posible incluir, entre los testimonios de este acercamiento, la publicación por la editorial Claridad de la biografía de Roosevelt —ciertamente laudatoria— escrita por Ludwig en 1937. Algunos detalles, sin embargo, obligarían a la cautela: las biografías parecían constituir, por la época, un género especialmente preferido por el público, y Ludwig era un autor que había logrado ya muchos éxitos de venta. Estas posibles consideraciones comerciales en la decisión de Zamora no alcanzan, a pesar de todo, a despojar a la aparición del libro de cierta significación política.¹¹²

Sin embargo, el declarado apoyo a Roosevelt expresado en la línea editorial se halla absolutamente ausente en algunas notas firmadas por colaboradores, publicadas, incluso, en aquel mismo número de enero de 1937. Conviven así en la revista el descubrimiento del camino rooseveltiano con los clásicos ataques de la izquierda tanto al New Deal como a la política panamericana.¹¹³ El abanico de respuestas diversas que se esbozan a preguntas tales como las referidas a la relación entre política de Buena Vecindad e imperialismo, al abandono o a la postergación de los planteos realizados en términos de lucha de clases, a las amenazas de los neoimperialismos fascistas, nos devuelven a un debate cuyas implicancias teóricas, y fundamentalmente, su importancia respecto a la estrategia política que debía seguirse, no se ocultaba a sus protagonistas.

Un llamado de atención sobre los riesgos implícitos en la aceptación de la nueva política norteamericana se advierte tanto en los artículos publicados por los apristas,¹¹⁴ como en los firmados por trotskistas, y marxistas independientes. Aún en este conjunto de críticos es posible diferenciar posiciones: los apristas, por ejemplo, insistirán en su análisis tradicional, que privilegiaba el reconocimiento del imperialismo como clave explicativa de la situación de la región, sosteniendo que la posición meramente

¹¹⁰ Cf *Claridad* N. 308, Dic 1936.

¹¹¹ Cf. *Claridad* N.309, Ene. 1937.

¹¹² Ver Emil Ludwig, *Vida de Roosevelt. Un estudio acerca de la suerte y el poder*, Bs. As., Claridad, 1938.

¹¹³ Véase especialmente los artículos de Liborio Justo, Luis Cusguen, F. Molina Tellez y Eleodoro Fresero.

¹¹⁴ Ver especialmente L. A. Sánchez “¿Anti-imperialismo pleno o nada más que antifascismo?”, y V. R. Haya de la Torre “‘El Buen Vecino’ Garantía definitiva?”, en *Claridad* N.330, OCT-NOV.1938.

antifascista que acompañaba el acercamiento a Roosevelt era insuficiente, y que el antifascismo aprista devenía de su antimperialismo. De la misma manera, se advierte la necesidad de coordinar y discutir las respuestas a un conjunto de situaciones nuevas, que estaban siendo procesadas, no sin dificultad, por aquellos que se consideraban integrando la izquierda.¹¹⁵

Los debates continuaron al convocarse a la VIII Conferencia Panamericana, en 1938; *Claridad* fue, también en esa oportunidad, vehículo de expresión de las diferentes posiciones, con una línea editorial que, frente a la amenaza inminente de guerra, proponía apoyar sin reservas la política de alianza continental de Roosevelt. Esa misma actitud era la que habían adoptado oficialmente los partidos comunistas de América Latina.¹¹⁶ Aquella propuesta de la “Confederación Socialista Americana”, realizada por Zamora en enero de 1934, será, de este modo, reemplazada cuatro años después por el reclamo de una alianza de sajones y latinos, y en el curso de la guerra, por el proyecto de una Federación de Naciones Americanas.¹¹⁷

Sin embargo, conviviendo extrañamente con este apoyo sin reservas a la política norteamericana —apoyo que se halla en el centro de la “ruptura” producida en los planteos de la revista— la presencia de notas antimperialistas se verifica hasta el último número de *Claridad*. Sólo el peso de aquella tradición en la izquierda puede explicar esta permanencia, si bien fragmentaria, en la segunda mitad de la década: la actitud antimperialista había estado tan arraigada que, aún en el contexto de la guerra, y habiendo abandonado varias organizaciones políticas esa prédica, seguía constituyendo el motivo básico de muchos de los intelectuales que se expresaban en *Claridad*.

El abandono del tema de la revolución —gradual o violenta—, y la recuperación de la figura de Roosevelt desde una perspectiva democrática, son procesos que se encuentran asociados tanto a la consolidación de una visión crítica de la Unión Soviética, como a lo que se consideraba el fracaso de la socialdemocracia europea, junto a la derrota de la República española, y a la certeza cada vez mayor acerca de lo inevitable de un conflicto mundial.

De esta manera, la exaltación de Roosevelt suele ir acompañada, obviamente en aquellos

¹¹⁵ Las propuestas llegaron a incluir la celebración de un Congreso que nucleara a todos los partidos de izquierda del continente, para crear una Internacional Americana, independiente de la II y III Internacional, que permitiera superar el “confusionismo que invadía a casi la totalidad de las organizaciones”; ver especialmente los artículos elaborados por L. Cusguen desde Bogotá en *Claridad* N.309, 311 y 318, ENE, FEF. y OCT. 1937.

¹¹⁶ Ver *Claridad* N.323, MAR.1938 y 331, DIC.1938. La posición de la III Internacional puede consultarse, a través de los planteos del Partido Comunista del Perú, en el trabajo escrito por E. Ravines, como Secretario General de esta organización, titulado *Ante la VIII Conferencia Panamericana*, [¿Lima?], Antares, 1938.

¹¹⁷ Cf. *Claridad* N.273, ENE. 1934; 323, MAR. 1938, 343, JUL. 1940. La Dirección de *Claridad* apoyó tanto el proyecto de formación de una Liga de Naciones Americanas como el Pacto de Seguridad Continental.

hombres no integrados al Partido Comunista, de la presentación de una única disyuntiva entre democracia y dictadura, en la que la Unión Soviética no presenta diferencias esenciales con las dictaduras fascistas. Los procesos de Moscú y la Constitución de 1936, parecen haber golpeado duramente el “mito” de la Unión Soviética, que a principios de la década del treinta tenía aún una enorme eficacia en los colaboradores de *Claridad*, y en particular, en la izquierda del Partido Socialista. Independientemente de los enfrentamientos que se producían con los dirigentes comunistas, la revolución y la sociedad surgida de ella habían sido, desde 1917 y hasta la primera mitad del decenio, un anticipo del mundo que debía construirse, un horizonte no sólo posible, sino deseable, para los hombres del ala izquierda del PS cercanos a la revista.¹¹⁸

Así como la revolución mostraba sus límites y los peligros de desvío que la acechaban, el fracaso de la socialdemocracia europea frente al fascismo destruía para estos hombres la alternativa de la II Internacional. La certeza acerca de un futuro socialista, que solía encabezar todo análisis o diagnóstico sobre el destino de América, quedará entonces relegada a un lugar residual, o a una mera reafirmación declamatoria de convicciones de algunos marxistas, al menos hasta la muy posterior experiencia cubana.

Vinculado a estos problemas aparece el de la evolución del mundo capitalista luego de la crisis de 1929. Si los economistas clásicos y los “prekeynesianos” se habían concentrado en hallar las razones de la crisis y las políticas que permitieran superarla, el diagnóstico marxista insistía en el carácter final de la caída. Esta última interpretación parecía cada vez más difícil de sostener, sobre todo a partir de 1935-1936, cuando los síntomas de reactivación -aún alentados por la preparación para la guerra- se hicieron más frecuentes. El “futuro socialista” no se beneficiaba con la recuperación de Occidente.

En este escenario, la izquierda del Partido Socialista comienza a disgregarse: algunos de sus

¹¹⁸ A partir de aquella línea de crítica al stalinismo, también esbozada desde 1936, se desplegarán argumentos que, alentados por el pacto germano-soviético de 1939, reaparecerán luego del “paréntesis” que siguió a la entrada de la U.R.S.S. en el conflicto mundial. Así, en plena guerra fría, algunos sectores de la izquierda argentina y latinoamericana exhibirán un antisovietismo que parece más vinculado a aquellas antiguas diferencias que a una situación internacional signada por el “equilibrio del terror”: mientras en México el socialista español Indalecio Prieto escribía *Entresijos de la guerra de España. Intrigas de nazis, fascistas y comunistas*, (publicado en Buenos Aires en 1954, por la editorial Bases), una ya alicaída editorial Claridad publicaba en 1959 los *18 años en la URSS*, de Monclús Guallar, un ex combatiente republicano español que relataba sus experiencias en los campos de trabajos forzados. También con el sello de Claridad, en 1962, A. Baeza Flores presentaba su *Haya de la Torre y su revolución constructiva de las Américas*, cuyo prólogo revela un exaltado ánimo crítico hacia los soviéticos, muy similar al de los anteriores. Quizás pueda agregarse a esta lista el libro del antiguo dirigente comunista Eudocio Ravines titulado *La Gran Estafa* (1952), que ya hemos citado. De este modo, no sólo el mito de la URSS parece haber perdido su eficacia en algunos ámbitos latinoamericanos antes que en países europeos efectivamente amenazados o invadidos por Alemania, sino que el antisovietismo de buena parte de la izquierda argentina en los años cincuenta parece más explicable atendiendo a los años treinta que a una “traición atlantista”. Cabe señalar que estas críticas recogen líneas que tanto la oposición de izquierda como A. Gide habían desplegado en la década abierta en 1930.

militantes se incorporarán al Partido Comunista, o animarán la experiencia del Partido Socialista Obrero. Otros, en cambio, descubrirán en el modelo rooseveltiano el camino posible para la construcción de una sociedad cuyas diferencias con aquella que habían imaginado hasta entonces no podían ocultárseles.

CONSIDERACIONES FINALES

Lo expuesto en las páginas precedentes permite ensayar algunas reflexiones que intenten relacionar el caso específico que analizamos con algunos problemas más generales. Tal operación supone considerar —como hemos anticipado en la introducción— que la revista lograba “testimoniar” el complejo de ideas que circulaba en la izquierda cultural y política argentina, más allá de las características peculiares que le imprimía la acción de su director. Respecto a esta última cuestión, debemos señalar que parece ser la política de Zamora la que permite la convivencia de las varias “formas” del pensamiento de izquierda en la publicación, e, insistimos, la que le otorgaba un perfil particular.

Cabe entonces preguntarse, en primer lugar, por la relación entre las actitudes y posiciones ideológicas asumidas por estos intelectuales, y las “líneas” políticas que sostuvieron las diversas agrupaciones que, en su mayoría, los albergaban; en el caso del PS, la tensión parece particularmente evidente. Reconocemos que el tipo de testimonio elegido en esta ocasión, puede convertir en centrales posiciones marginales, contribuyendo a brindar una imagen demasiado heterogénea. Cabe sin embargo recordar, en este punto, que nuestra pregunta inicial no se refería a los partidos políticos, sino a un ambiente cultural que eventualmente podía expresarse en alguno de ellos, e inclusive en varios. La cuestión de por qué estas líneas de pensamiento que ponían en su centro el combate antimperialista no lograron imponerse en las estructuras partidarias -que sabemos importante-, no se contó entre los problemas que nos planteamos inicialmente.

Por otra parte, e insistiendo especialmente en que no se trata de una búsqueda de continuidades, podemos sugerir que muchos de los problemas cuya aparición los historiadores de la propia izquierda ubican en el clima cultural del posperonismo se dibujan con nitidez entre 1930 y 1940. En este sentido, puede admitirse la existencia de una suerte de visión consensuada que destaca, en la historia de la izquierda tradicional argentina, la ausencia del análisis de la “cuestión nacional” y, por ende, de una evaluación “correcta” de problema del imperialismo. Esa versión fue alimentada desde matrices teóricas

diversas, tanto por el ensayo de divulgación a cargo de aquellos hombres que proviniendo de la izquierda se plegaron al peronismo hacia 1945 (Ramos, pero también Puiggrós, Astesano, y los activistas que participaron de Claridad y del PSO, como Coca, Muzzopapa y Unamuno, entre otros), comenzando a constituir el espacio —también heterogéneo— que en los sesenta se denominará de la “izquierda nacional”, como por los trabajos realizados desde la llamada “nueva izquierda”, a partir de mediados de la década del sesenta.¹¹⁹

Podría afirmarse, por el contrario, que la agenda de problemas que la izquierda debatía en la década del treinta incluía muchos de los temas que en los sesenta se reclamaban novedosos, aunque, naturalmente, ellos se habían procesado en otros términos: la cuestión nacional; el imperialismo; el sujeto social que sería actor principal de la revolución, allí donde el proletariado no se había convertido en mayoría entre los sectores populares; la constitución de una “voluntad nacional-popular”; el problema de la existencia y actitud de las llamadas burguesías nacionales; la dirección del bloque que debía culminar la etapa democrático burguesa de la revolución; la doble definición del atraso como impulso a la revolución y obstáculo a ella; la siempre traumática relación con los “movimientos populares”, hacia los cuales, incluso, se fugaban cuadros y militantes. Naturalmente, la reflexión que en los sesenta ensayaron ambos grupos venía mediada por la aparición del peronismo, su caída y, quizás fundamentalmente, por la persistencia de la actitud de amplios sectores populares que seguían convirtiéndolo en su “agente político” luego de 1955. A ello deben sumarse procesos ocurridos en el escenario internacional, como la “desestalinización”, Hungría, Cuba, la lucha por la descolonización, fundamentalmente a través de los casos de Argelia y Vietnam. Sería un error suponer que estos procesos no inauguraron nuevas polémicas, o no modificaron los términos de las que se habían dado con anterioridad. Sin embargo, parece también excesivo plantear que, en los sesenta, los hombres que intentaban repensar las tareas de la izquierda en el sentido que venimos sugiriendo no contaban, en su propia tradición, con puntos de apoyo previos.

La imagen de una izquierda ajena, en los años treinta, a estos problemas, logró una difusión muy amplia, y se constituyó en una suerte de lugar común en la producción dedicada al tema. Así, Warley podía afirmar, todavía en 1985, que el mérito de FORJA fue “más allá de cualquier objeción, [...] focalizar la cuestión nacional, la denuncia e impugnación del imperialismo”, para señalar luego que “en ese

¹¹⁹ Ver sobre estos temas y los que siguen: Oscar Terán, Nuestros años sesentas, Bs.As., Punto Sur, 1991; y Silvia Sigal, Intelectuales y poder en la década del sesenta, Bs.As., Punto Sur, 1991. En cuanto a las diferentes líneas de crítica a la izquierda tradicional, y específicamente, la desplegada por la llamada nueva izquierda, ver, en particular pp. 64 y ss. y 107-108 del citado libro de Terán.

sentido, abrirá una discusión que permanecía como inexistente aún para los partidos marxistas”.¹²⁰ Dos años antes, Galasso había atribuido casi el “descubrimiento” del problema nacional, en la izquierda, a un folleto de Liborio Justo, fechado en 1939.¹²¹ Es posible suponer que el impacto desorganizador que la figura de Roosevelt tuvo sobre la izquierda creó las condiciones que favorecieron la legitimación y la difusión de esta imagen de una izquierda argentina desde siempre reformista y ajena a los problemas vinculados a la “cuestión nacional”.

Otra opinión que hemos destacado en el trabajo, y que queremos retomar aquí, es la del cambio que, en el pensamiento de la izquierda que se expresaba en la publicación, se registra hacia 1936. No se trata, en este caso, de un cambio de “línea política” —como el mentado viraje hacia el frente popular por parte de la III internacional y del PC argentino—, sino de transformaciones en las que se hallan involucrados, creemos, niveles más profundos, vinculados a las visiones del mundo de quienes los protagonizaban. En los primeros años de la década, estos intelectuales que se expresaban en *Claridad* parecen seguir procesando la realidad con categorías de pensamiento heredadas de la posguerra y los años veinte: la Unión Soviética, como se afirmó, era un modelo para la construcción de la nueva sociedad; el camino de la insurrección en América Latina era viable. La lectura que efectuaron de la crisis de 1929 contribuyó a ratificar estas convicciones: el fin del capitalismo se hallaba próximo. A partir de 1936, la irrupción parcial de posiciones que privilegian la defensa de la democracia en sus aspectos político-institucionales aparece vinculada al desmoronamiento de aquellas seguridades. Es probable, teniendo en cuenta estas afirmaciones, que resulte atinado revisar la periodización tradicional que abre una etapa peculiar en 1930, para ensayar —al menos para el mundo mental de la izquierda argentina— el análisis de un contexto temporal que abarque todo el período de entreguerras.

Finalmente, quedan pendientes las preguntas referidas a cómo lograron convivir estos socialistas, comunistas, anarquistas, apristas, en una empresa que cubrió 20 años; ello significa interrogarse acerca de cuáles eran las circunstancias que permitían una colaboración de este tipo. La respuesta a estas preguntas puede hallarse, quizás, fuera del campo de las ideas que se expresan formalmente y con precisión: esta empresa, tal como la concebía su organizador, admitía a todo pensamiento que denunciara los males de la situación social, atribuidos hasta 1936 a la acción del imperialismo como causa eficiente; que aspirara a la transformación radical de la sociedad y que estuviera dispuesto a asumir —y este no es un punto trivial— un compromiso ético-político que deviniera en una práctica militante activa.

¹²⁰ Cf. Jorge Warley, *Vida cultural e intelectuales en la década de 1930*, Bs. As., CEAL, 1985; p.57.

¹²¹ Ver Norberto Galasso, *La Izquierda Nacional y el FIP*, Bs. As., CEAL, 1983; pp. 30-33.

Así, por detrás de las discusiones acerca de la táctica a emplear, circuló hasta mediados de la década la común certeza de que, a través de la política entendida como acción sobre la realidad, el futuro socialista era posible.